

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 40 - Noviembre de 2012 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Piura: norte peruano al rojo



6

Querido diario



10

Paisajes



16

La venus de Bolombolo



18

¿Quién maneja esa puta nave?



22

Días de Club



24

Hoja fina



UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Juan Carlos Orrego

– Guillermo Cardona

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Ana Lucía Cárdenas

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

COORDINACIÓN COMERCIAL

– Ana María Duque

DISTRIBUCIÓN

– Érika, Sebastián y Gustavo

CORRECCIÓN

– Paca y equipo UC

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro

Número 40 - Noviembre 2012

16.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



La Diva oxigenada

Madonna, la diosa del pop que en los ochenta lucía Like a virgin, nos acaba de sorprender con una figura más conservada y remozada que la de una vestal romana. Su aparición en el escenario de Medellín podría catalogarse como el primer milagro de una larga serie de incidentes que nos hacen creer en su divinidad; la misma que puede descender en cuerpo y alma, transfigurada por las luces navideñas que se prendieron en su honor, para desmentir a los infieles que aseguraban que ya no está tan llena de gracia y la tildan de trasnochada, pese a su vida frugal y vegetariana.

Igual que en esas novelas tropicales como En noviembre llega el arzobispo, el anuncio de su llegada estuvo precedido de presagios y rumores fantásticos. Se dijo, por ejemplo, que vendría unos días antes porque iba a aprovechar para hacerse una cirugía estética. Este infundio fue desmentido por un biógrafo que aseguró que la diosa no era una chica plástica, aunque le habían tocado los discos de acetato.

Tampoco podemos sostener que la Diva del pop haya salido temprano el martes al Centro Comercial El Tesoro, que por obvias razones fue evacuado para que la ilustre visitante pudiera hacer sus compras libre de sospechosos y paparazzis. Al regreso, en el lobby del hotel, comentó a la lobería de curiosos que le había encantado no hacer colas en las boutiques y encontrar todos los vestidores vacíos, a su disposición.

Tuvo además oportunidad de tomarse algunas fotos con los celadores del centro comercial, que le decían jelou, jelou. Siete carros blindados la alejaron del lugar, mientras los devotos tuvieron que conformarse con el relato de los porteros. Luego se abalaron a comprar en las mismas tiendas que la Diva había pisado. “Qué buena espalda tiene esta Madonna”, declaró un portavoz de Fenalco a los guardaespaldas.

También se dijo que la artista, por seguridad, viajaba con dos mujeres idénticas a ella. Las versiones de prensa dicen que una de las madonas estaba en un sauna en Laureles, la otra hablaba en Musinet y una tercera cambiaba dólares en la 70. Lo anterior confirma el don divino de la ubicuidad. Un fan aseguró que la Reina se le había aparecido en un muro, pero según se supo luego, solo se trataba de un juego de Facebook.

Como tantas celebridades, Madonna brilló por su sencillez. En lugar de acullillarse después de los con-

ciertos en las discotecas más resguardadas, la artista prefirió irse a rematar a La Trece, con todos los fierros.

Otra muestra de humildad fue haber aceptado, de bajada del aeropuerto, una picada surtida en Doña Rosa, a pesar de ser vegetariana. Para sorpresa del gourmet que la atendió, Madonna se comió casi todo. Lo único que retiró del plato, con un gesto de glamurosa cortesía, fue una morcilla, un chicharrón de ocho patas, una porción de carne molida y un chorizo envigadeño. De resto, no dejó nada, salvo el comentario: “delicioso, delicious”.

A sus cincuenta y cinco, la cantante desafió la menopausa y nos ofreció esa estampa de mujer que todavía luce, al decir de un trovador, “como una fresca flor del campo”.

El recuento de sus prodigios comenzó desde antes del concierto, cuando logró que a la capital de Antioquia acudieran 1.400 policías, entre ellos 44 oficiales políglotas dispuestos a atender los antojos lingüísticos de la Diva. Y, al igual que sus compatriotas de la DEA, el MDNA logró filar a veinte mulas frente al estadio, y las hizo descargar en el acto.

Quiéralo o no, la Diosa hizo ver estrellas a los ortodoxos que despotricaron de ella por ser una artista foránea. Esos que defienden a ultranza el bambuco –o el aguardiente de caña– como lo único que llega al alma, son los mismos detractores que levantaron la calumnia de que Madonna, sus dos dobles y sus infinitos bailarines dispararon las usuras del microtráfico. “Qué hijueputa espalda tiene esa Madonna”, dijo en susurros uno de los jefes de la verdadera plaza mayor.

Por lo pronto, transcribimos la oración que ya entonan sus devotos por tierra, mar (lo que queda de él) y aire.

*Dios te salve Madonna
Reina eres del pop,
Michael Jackson es contigo
Bendita tú eres entre todas las cantantes
Y bendito es el fruto del concierto
En el Atanasio Girardot.*

*Santa Madonna,
Llena con nosotros
Ahora y en la ola
El estadio de pop.* ☪

Los barcos españoles amarrados a buen puerto dejaron apenas un asiento contable en los libros del imperio. Solo el infortunio permite reemplazar la normalidad comercial por la literatura, sus mentiras y sus hazañas ciertas. Debemos honrar a los capitanes torpes y melindrosos. El de esta historia tiene un nombre que auguraba el desastre: Portogalete. Comandaba un barco mediano cargado de “tiros y pólvora” que zarpó de Santo Domingo rumbo a la Isla Margarita. Buscando su norte tropezó con tierras varias donde el miedo lograba que los dardos triunfaran sobre los mosquetes. Portogalete y el viento llevaron el barco hasta Aruba. La tripulación decidió hacerle un pequeño consejo de reclamos al capitán y Portogalete decidió quedarse en Aruba y abandonar su nave. Una tormenta Caribe se encargó de poner fin a la travesía.

Los restos terminaron cerca de una pequeña isla de “arenas muertas” con fama de trasnochada a las naos de todas las banderas. Según la versión más autorizada, Pedro Serrano y su cuchillo fueron los únicos sobrevivientes. El Inca Garcilaso se encargó de describir la tierra que mantuvo en vilo a su infeliz habitante durante ocho años: “aquella isla, que es despoblada, inhabitable, sin agua ni leña...” Desde el primer día Serrano la bautizó con sus lágrimas: “Así pasó la primera noche llorando su desventura, tan afligido como se puede imaginar que estaría un hombre puesto en tal extremo”.

Pero Serrano tenía su cuchillo y un hambre extremeña. Al día siguiente estaba bebiendo sangre de tortuga y utilizando sus caparazones para cubrir lo que serían sus pozos de agua dulce: “Así se entretuvo hasta que vio salir tortugas; viéndolas lejos de la mar, arremetió con una de ellas y la volvió de espaldas; lo mismo hizo de todas las que pudo, que para volverse a enderezar son torpes, y sacando un cuchillo que de ordinario solía traer en la cinta, que fue el

medio para escapar de la muerte, degolló y bebió la sangre en lugar de agua; lo mismo hizo de las demás; la carne puso al sol para comerla hecha tasajos y para desembarazar las conchas, para coger agua en ellas de la llovediza, porque toda aquella región, como es notorio, es muy lluviosa”.

En las tardes de sol se dedicaba a bucear un coral que pudiera entregarle alguna chispa. Su cuchillo sería el encargado de completar el milagro. Inventar el fuego era una de las obsesiones de Pedro Serrano. Lo necesitaba para hacer señales desde los “faros” que había levantado en los extremos de la isla, para mejorar el sabor de los camarones que Garcilaso llama “sabandijas”, y para ser el mejor de los hombres primitivos del Nuevo Mundo. Serrano se consolaba como todos los hombres, y como todos los hombres de su tiempo y su patria: dedicaba las mañanas a sí mismo y las noches al Credo. En las tardes envidiaba la muerte de sus compañeros de naufragio que habían terminado como pasto para los tiburones.

Pero no todo sería soledad para el infeliz Serrano. Cuando corría el tercer año de encierro a cielo abierto apareció un cristiano en sus playas. Un nuevo naufragio le ayudaría a conservar el fuego de todos los días y a maldecir en coro. Al comienzo los dos hombres, maltrechos de agua y de sal, se miraron con terror: “Cuando se vieron ambos, no se puede certificar cuál quedó más asombrado de cuál. Serrano imaginó que era el demonio que venía en figura de hombre para tentarle en alguna desesperación. El huésped entendió que Serrano era el demonio en su propia figura, según lo vio cubierto de cabellos, barbas y pelaje. Cada uno huyó del otro, y Pedro Serrano fue diciendo: ‘¡Jesús, Jesús, líbrame, Señor, del demonio!’. Oyendo esto se aseguró el otro, y volviendo a él, le dijo: ‘No huyáis hermano de mí, que soy cristiano como vos’, y para que se certificase,

Serrana

por PASCUAL GAVIRIA

porque todavía huía, dijo a voces el Credo, lo cual oído por Pedro Serrano, volvió a él, y se abrazaron con grandísima ternura y muchas lágrimas y gemidos, viéndose ambos en una misma desventura, sin esperanza de salir de ella”.

Los hombres pelearon por sus sueños y sus hambres, renegaron de las torpes señales de humo que cada uno fabricaba desde su “faro”. Durante meses vivieron en repúblicas independientes, hasta que lloraron juntos de nuevo bajo el mismo Credo que los había hermanado.

Desde el aire la pequeña isla Serrana parece una medusa: su porción de tierra es imperceptible y sus bajos de arena son velos blancos y azules. Esa misma forma tenía el humo que se vio desde el barco salvador de Serrano y su compañero sin nombre. Antes, muchos habían despreciado las señas que los naufragos hacían desde la isla: “Pedro Serrano y su compañero, que se había puesto de su mismo pelaje, viendo el batel cerca, por que los marineros que iban por ellos no entendiesen que eran demonios y huyesen de ellos, dieron en decir el Credo y llamar el nombre de Nuestro Redentor a voces, y valiéndoles el aviso, que de otra manera sin duda huyeran los marineros, porque no tenían figura de hombres humanos. Así los llevaron al navío, donde admiraron a cuantos los vieron y oyeron sus trabajos pasados”. Serrano fue recibido por los reyes y su compañero murió sin alcanzar tierra firme.

El primer territorio colombiano independiente desde 1818 hasta hoy, liberado “con poco trabajo y sin disparar un tiro” por un marino francés amigo de la Independencia, fue Providencia, una de las hermanas mayores de Serrana. Hoy, la isla de Pedro Serrano está en los mares de Nicaragua, pero diez soldados con bandera colombiana custodian nuestro pedazo de historia literaria. Según cuentan los nuevos cronistas de indias, comen atún en lata y galletas. ☪



Piura: norte peruano al rojo

por DAVID E. GUZMÁN

Ilustración: Alejandra Congote

Al domingo nos íbamos para Piura, una ciudad grande, la más importante del norte peruano. Nos despedíamos de los pueblos costeros con playa, brisa y mar por el resto del viaje. En la Panamericana esperamos media hora el bus, el primero que nos tocó de dos pisos. Mientras Gloria subía con los morrales de los portátiles, yo llevé las mochilas al maletero. Allí, adentro de la bodega, vi con espanto una llama parada. Temí que se me fuera a comer las chanclas, pues viajaban al aire, amarradas al morral, y el plástico ya estaba blandito.

Gomosos nos hicimos arriba, en los asientos de adelante. Al lado iba una señora que le echó puyas al ayudante del conductor todo el camino, le pedía películas o que le diera más rápido, y cuando pusieron una cinta de acción, se quejó de "tanta matadera". Viajamos durante casi tres horas en las que nos alejamos del mar al menos sesenta kilómetros.

Llegamos al mediodía bajo un calor salvaje. Al apearnos del bus olía asqueroso porque estaban arreglando atornillados, era un olor a mierda sumado al aire quieto y al bochorno. Un par de transeúntes nos dijeron que el Parque Grau, que teníamos de referente, estaba cerca, así que iniciamos la caminata con los morrales a la espalda en busca, antes que nada, de un sitio para almorzar.

La ciudad era caótica, con un centro típico de capital intermedia, calurosa, como Barrancabermeja o Montería, caos de motos en todas sus variedades, carros, camiones, autobuses, gente, ruido, polvo.

Entramos a un restaurante ejecutivo y como siempre durante los primeros días en Perú pedimos ceviche de entrada. De plato fuerte, lomito saltado. Venía con arroz, papas fritas y una hoja de lechuga, el menú por 6,50 soles. Al negocio entraron a almorzar algunos con aspecto de oficinista y una que otra madre con sus hijos, pero se destacaba la presencia de dos mujeres con poca ropa, rellenitas, de chorrito caliente y tacones.

Bien alimentados, retomamos el camino hacia la Plaza Grau, con los ojos puestos en hoteles y hostales. Esta vez nos íbamos a tomar el tiempo necesario para mirar opciones de hospedaje y decidir sin afanes. Después de una primera búsqueda infructuosa, arribamos a la avenida Sánchez Cerro. Avanzamos un poco y descargamos el equipaje a la entrada de Costa del Sol, un hotel cinco estrellas. Habíamos decidido que Gloria se quedaría cuidando el equipaje, mientras yo, escotero, iba a explorar los alrededores.

Quitarse el equipaje de encima era un alivio. Me desplacé como una liebre e inspeccioné la Sánchez Cerro y las calles aledañas. El sector era de movimiento comercial, pero los hoteles, carros y baratos, estaban en la zona donde había quedado Gloria. Regresé entonces y en una nueva búsqueda hallamos el Hospedaje Loreto. Encima del dintel tenía una carpita circense de franjas verdeamarillas y en la entrada departía un corrillo de empleados que al vernos



abrieron paso como si viniéramos de otro planeta.

En el segundo piso vimos una habitación pequeña, con lo básico. Las paredes tenían manchas y olía a desinfectante, como si recién hubieran trapeado. El precio, 30 soles con descuento. En vista de que no habíamos visto nada que nos complaciera, decidimos quedarnos. Además, como siempre, teníamos la opción de mudarnos. La encargada, gorda y amable, nos pidió pasaportes y anotó los nombres. Al ver que yo era Guzmán, me dijo que ella también, y que se llamaba Rosa.

Descargamos los morrales en la pieza y Gloria entró al baño. Yo me iba a recostar en la cama pero una mancha se movió por la pared, detrás del espaldar: era una cucaracha, y detrás venía otra. Simultáneamente Gloria vivía la misma situación en el baño y cuando salió asqueada empezaron a aparecer bichos pequeños y caramelizados por todos lados. Maté con mi chancla -que sobrevivió al viaje con la llama- unas siete cucarachas. Entramos en un pequeño shock y nos dimos cuenta de que sería difícil, por no decir imposible, quedarnos ahí. Gloria dijo: "la única manera de que yo me quede aquí es sentada en una silla". No desempacamos nada y ni siquiera le quitamos el forro a los morrales.

tomamos jugo de naranja y conversamos con el mesero, un muelco que trapeaba con rudeza. El tipo nos habló de unas ruinas indígenas en la ciudad de Trujillo. Luego, intranquilos con el tema de las cucarachas, volvimos al Loreto a ponerle cara a la situación.

Ninguno de los dos quería llevar la mano al interruptor para prender la luz, así que con la puerta entreabierta Gloria asomó la cámara y tomó una foto para cerciorarse de que no hubiera bichos alrededor. Al entrar vimos que aún había cucarachas, el cuadro parecía *El jardín de las delicias*, con especímenes de varios tamaños y colores en el sanitario, por la ducha, por el desagüe, por las paredes, en la puerta... era una cosa terrorífica. Subimos los morrales a la cama, cuidándonos de no rozar nuestro cuerpo y nuestras ropas con la colcha, una tela raída que dejaba ver la sábana motosa y las almohadas como inmensas bolsas de té usadas.

Para colmo de males, Gloria conectó el ventilador y explotó el enchufe, salió humo y se apagó todo. Hubo que ir a recepción a reportar el daño y arreglaron los breques en el acto. Nos dijeron que no podíamos conectar nada más porque se excedía la carga. Estábamos como en un trance, asimilando esta forma de infierno. Inocentes prendimos una lámpara y otra vez la explosión, el apagón, el olor a corto. En medio de la derrota absoluta, en esa tempestad de desgracias, la solución fue apareciendo como un arco iris: salir como alma que lleva el diablo para alguna empresa de buses y comprar pasajes para cualquier lugar.

Así, en un arranque, nos sorprendimos en una oficina de buses que parecía una aerolínea. Tenía dos pantallas, una con la parrilla de trayectos y otra con lo que registraba una cámara en el molinete de control de pasajeros. Una voz neutra anunciaba por altavoz las salidas, los destinos, la hora, el modelo del vehículo. Compramos dos tiquetes rumbo a Trujillo para las doce de la noche.

Felices seguimos nuestra estadía en Piura sabiendo que nos quedaban pocas horas. Empezaba a oscurecer cuando nos sentamos en una banca a mirar la vida piurana y los transeúntes. Un anciano de bastón tomó asiento a nuestro lado y presenció con nosotros las maromas de un señor en muletas que se bajaba de un taxi. Lo miraba como a un colega. El centro hervía de gente a esa hora y la temperatura había bajado.

Esa noche entramos a un restaurante chino, conocidos en Perú como Chifas. Fue la primera del viaje, comimos arroz chino y probé la sopa wantan, un potaje aguado con gusto a jengibre y trozos de pollo y lechuga. De camino para el hotel, una limosnera me agarró la mano para pedirme plata. Con la luz de la luna, la calle Loreto se había llenado de putas en vestidos corticos, al mejor estilo voleo de lavas.

A eso de las nueve nos llenamos de valor y sacamos las cosas. Salimos de esa pocilga para jamás volver. Con Piura definitivamente la única química la puso el Baygon. ☹



El Cooperativismo mantiene la característica de ser, a la vez, altamente idealista y extremadamente práctico. Es al mismo tiempo Marta y María, Don Quijote y Sancho Panza. Persigue al Pájaro Azul, pero, en vez de buscarlo en la Isla de la Felicidad, intenta capturarlo en una tienda. Tiene el propósito de reformar el mundo, pero comienza por limpiar la entrada de su casa. Sigue a las estrellas, pero camina con los pies en la tierra. Charles Gide

Porque el futuro es confiar



www.confiar.coop

TEATRO PABLO TOBÓN URIBE PRESENTA

Regala un LIBRO en Navidad

Del 14 al 16 de Diciembre

LIBROS ESCOGIDOS

Café TEATRO

Medellín un hogar para la vida

Alcaldía de Medellín

TEATRO PABLO TOBÓN URIBE

Sin saberlo un joven de 16 años escribe un diario que servirá para poner a rodar a Rodrigo D. El tedio y las vueltas turbias marcan los primeros días. Los tiempos violentos de su historia llegan hasta la productora Tiempos Modernos que dirige Víctor Gaviria. Ramón Correa entrega su historia para la escaleta de la película. Dejamos las mejores escenas.

QUERIDO diario

Selección y comentarios IGNACIO PIEDRAHÍTA

Fotografía: Guillermo Melo. Fotofija de Rodrigo D: No futuro

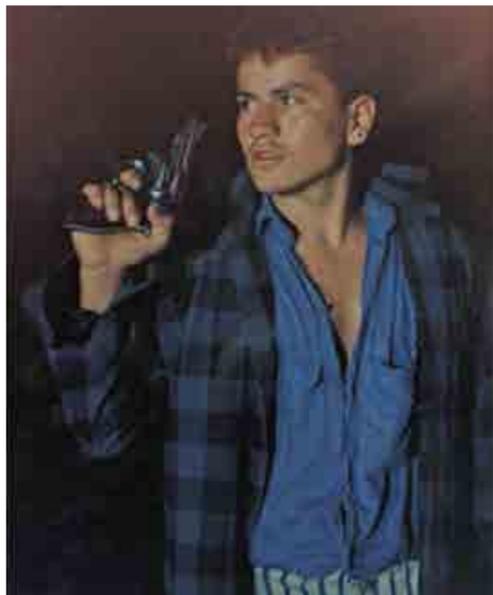
A los 16 años, Ramón Correa llevaba un diario personal. A pesar de su juventud y de su vida azarosa, sus anotaciones tienen la constancia de un astro del firmamento. Sin embargo, esta virtud palidece frente al hecho de que sus palabras estén escritas en clave. “28748c2s q52, b328? 2s4”, por ejemplo, quiere decir en su cifra particular: “Entonces qué, bien? Eso”. Así es como a veces saludaba cariñosamente a su diario, en aquellos días en los que la vida era juego:

Cuaderno No 8 Marzo, 1986

12 Mi
Hoy todo el día por el rancho. Por la noche estuve viendo Academia para mayores que es una obra muy bacana. Allá estuvimos mucha Pipol. Rosita actuó muy bien y ella es muy especial. De subida nos vinimos y cogimos un quieto y qué nota.

Mayo, 1986

28 Mi
Hoy es un día muy colino, por la mañana Paya nos dijo que si le lavábamos la moto y fuimos Mario y yo y nos dimos un vueltón. Luego, como Jailer nos pilló cuando vino lo comentó a Paya nos dijo unas notas y que tal. Nos banderió y yo ah bien. Luego, más tarde todos por el rancho saboteando hicimos un teatro más bien hecho, Chao y Tobón hicieron de a un tiro y yo me hice el muerto, caí al suelo, me llevaron cargado y salió todo el barrio y nosotros muertos de la risa. Todo bien hecho. Ah pocas veces que podemos hacer estas cosas los jóvenes. Gozar nuestra juventud.



Como a cualquier muchacho, a Ramón le gusta oír música, salir al parque con los amigos y jugar basquetbol. Todo el tiempo piensa en las niñas que le quitan el sueño; les hace la visita y les dedica poemas. Ramón no estudia pero le gusta leer. En esos días empieza por segunda vez *Siddhartha*, de Hermann Hesse. Sin embargo, considera que buena parte de su vida es aburrida: “Por la mañana muy amurado. En la tarde qué amuración tan teza [...] por la noche estaba muy aburrido y me fui de vueltón, un man me banderío y le pegué una puñalada”.

Los amigos de Ramón empiezan a caer en medio de un remolino de violencia que ellos mismos alimentan, y la muerte busca su espacio en el diario del escritor. Es por esa época, a mediados de 1986, que Ramón comienza a frecuentar la casa de Laureles donde funciona la productora Tiempos Modernos. Un grupo de cineastas quiere hacer una película sobre la vida que llevan los jóvenes de los barrios altos. “Hoy por la mañana fui con Ramiro a Tiempos Modernos y todo bien, le entregué mis tres diarios a Víctor, todo bien. Me puse a jugar remis luego y por la noche por el rancho”.

Septiembre, 1986

5 V
Me dijeron que el Gringo se había muerto. Yo dije: “Ah ya se murió, que más se le va a hacer”. Niño me subió un peto y yo le dije que me iba a ir que en estos días bajaba para que dialogáramos y en esas quedamos. En el hospital, cuando entré sentí algo tan raro, nos separaba una cortina, un rayo de sol que se filtraba me anunciaba que el cadáver estaba ahí. Pensé que ya no había necesidad de entrar, pues se reflejaba la sombra pero no importa, atravesé la cortina y ahí estaba, cubierto por una sábana. Aún pensé que podría ser una equivocación, pero fue cuando me dieron ganas de observar hacia abajo y me di cuenta que los pies eran blancos y dije, este es, ya se ha ido. Le destapé la cara y lo pude observar. Era el gringo quien había cerrado los ojos para no abrirlos innecesariamente. Sentí que me iba a cubrir de lágrimas.

Gringo, ya supiste lo que era la muerte y te moriste, no? Quién es el siguiente? Y por qué? Cualquiera se muere o no? Pues no podía controlarme, le preguntaba que por qué se había ido y él me miraba de una manera que trataba de hacerme comprender que él nunca movería los labios para contestarme. Que las respuestas a todas mis preguntas venían directamente del alma. A lo

último comprendí que lo mejor que podía hacer era salir de allí de esa carnicería. Iba a salir, ya me había limpiado la cara y me puse a pensar en esa teoría que hay de que los muertos observan a quien los llora. Y luego observé que sobre su pecho estaba un papel con la marca del que no volverá.

Hora: 10:30
Nombre: Carlos.
Y muchas otras cosas.
Salí limpiándome las lágrimas.
Chao me preguntó que si sí y yo le dije que sí, que lo había confirmado. Luego nos vinimos Chao y yo en la moto. Pensábamos muchas cosas. Llegamos por el rancho y fuimos a la casa de Don Ramón, reconfirmamos la noticia y yo me fui para la casa, me recosté y me puse a llorar pero comprendí que ya nada podía hacer.

[...]
Luego vi cómo llegaba el carro de la funeraria. Después fui a verlo, luego hice una recolecta y pedimos un ramo. De donde los Correas también mandaron por un ramo. En el de la amistad yo puse: De tus amigos que tanto te estimaron y que nunca te olvidarán. Y toda la noche nos la pasamos bebiendo. No sé ni cuantas botellas nos tomamos. Después nos fuimos Jailer, Fancis y yo a trastiario y nos trastiamos 2 relojes, 21 dólares y 700 pesos. Toda la noche bebiendo y yo ya estaba borracho llorando mucho.



Ramón ya no solo cuenta en sus diarios lo que le sucede en la cotidianidad. Por momentos, también se aventura en pequeñas historias en prosa, donde se observa una técnica literaria, los primeros pasos hacia el cuento.

Del Cuaderno no. 24 Agenda de Diario de 1987 Sin clave

Desde el día que Juan salió, poco he vuelto a saber de él, al igual que de sus hermanitas Marce y Claudia. La que fuese la mujer de un bandido, el Chacho, el mano derecha de uno de los propios. Lo que me di cuenta fue que el loco en la calle era un toque descontroladín con el tal, que como siempre es un vicio ruín. El pelao en un roce que tuvo con Memo, le botó dizque un fierro y también creo que le falló en un cascado. El Juan, uno de los pelados de los balsos, buen pelao a mi concepto, algunos meses, inclusive bastantes convivimos aquí en el colectivo 41 del 2o patio de esta cárcel h.p., Bellavista. Cocinábamos, fumábamos en la tarde y en la noche hasta quizás estar amuraos empuñados en la platica que quizás nuestros pobres padres con gran esfuerzo

nos traigan. Era del combito de nosotros en Bella, ahora ya se llevaron muchos muchachos, Jhon en remisión del 5o, Vladimir libertad, tales en libertad, Nandito en libertad. Prácticamente quedo como siempre he estado, solo y con un criterio definido. Frank es dizque el que convive conmigo, es buen muchacho pero como todos los carnes son cansones, ahí, mas sin embargo, lo tengo conviviendo desde que bajó de la Guallana hace ya más de un año. Ahora de una manera u otra es un compromiso como amistad que convive conmigo. Algunas veces tenemos pequeños sinsabores, no sé pero me parecen bastante feas las discusiones entre los que convivimos. Eso no debe existir pues maricamente llega a molestar psicológicamente hasta el punto en que uno en más de un momento piensa que a uno se le va pegar el compañero y también le dan a uno ganas de pegárselo porque uno sabe que ambos son hombres, es necesario que halla algo para que lo impida como en muchas ocasiones en que hemos tenido que admitir que el que las cuchas nos representan algo, él me lo dicho a mí y yo a él, por tu cuchita no invito a que nos cojamos vos y yo igualmente camarada. Hoy sucedió eso, pero todo bien. Quieto que sereno.

—Aló, aló
El teléfono parecía no estar de acuerdo con lo que él pensaba hacer, pues no accedió de inmediato a las súpplicas que aquel hombre, Carlos Correa, hacía afanosamente por obtener una respuesta. No quiso seguir insistiendo pues parecía que estaba de prisa, buscó en una tarjeta telefónica que tenía a su alcance y marcó un número diferente. Esta vez obtuvo resultados muy positivos.
—Hola, con Alex?
—Sí, con quién?
—Qué tal socio, hablas con Quintana
—Qué más viejo, qué necesitas?
—Sabes, acabé de recibir la información de que el Mocho se encuentra de romántico con su novia en la fania. Se encuentra solo y en una 500 gris, tienes herramientas?
—Sí, aquí tengo un changón y un treinta y ocho en perfectas condiciones.
—Vas a ir con Juan? O con quién?
—Sí, iré con él. Más tarde te llamo, Carlos, para informarte qué sucedió.
—Suerte, ya sabes, son ochocientos.
—Lo sé, lo sé Carlos y todo saldrá bien.

Llovía fuertemente por las calles de Medellín, era un sábado como cual-

6 S
Hoy amanecí en el volrio del Gringo, muy triste. Fui y me acosté un momento, al rato me levanté y ya llegaba el momento de la despedida. Entramos con él a la iglesia, lo que yo no hacía durante mucho tiempo lo hice hoy por el Gringo. Luego bañados en lágrimas nos fuimos para el cementerio, yo me fui en la moto de la Chinga y entre lágrimas y contorsiones lo dejamos allí. Yo le puse una nota y desgraciadamente el viento no dejó que cayera donde yo quería que esta quedara y me tocó empujarla con el pie pues no quería que nadie más la leyera y ya intentaban cogerla y me tocó hacer eso.

Ramón cae preso en Bellavista. Allí pasa todo el 87 y parte del 88. Sin embargo, ni siquiera en esas condiciones detiene la paciente escritura de su diario. Es una época en la que su vida, al igual que su oficio de escritor en ciernes, madura.

Maté el único sentimiento puro en una noche que miré por las rejas del calabozo y la luna estaba llena. Lo estallé en pensamiento. Todo colino me reía viéndolo morir y mi corazón parecía que le echaban más pintura negra. Después ca-



yeron lágrimas que no derramé sobre los hierros fríos. No, creí que era mejor arreglar las cosas sin que mi corazón sangrara. Acabé de ver la película que tanta parte de mí tiene, le cambiaron el nombre.

Muerte
De repente voltié y en el patio un man le pegó una puñalada a Carlos, la sangre salía en chorros, se moría y decía que no lo dejaran morir pero nada ya había perdido.

En algún rincón de este mundo corrupto encontraré calma.

Hay en casi todos los camarotes hechos de madera y cartón unos afiches de chicas de revista *Veá*, desnudas. Los presos en cualquiera de estos momentos solos, uno cree que esa es la mujer de uno y hay que atenderla. Se pone a viajar la mente y una masturbación afectiva.

Muchas veces estas frases se me quedaban mechadas porque el azare era tal que no podía seguir escribiendo. Preso estoy, estoy cumpliendo mi condena, la condena que me pusieron a pagar esos jueces hijueputas. Me acongojo, me avergüenzo y me da pena pero tengo que cumplirla en soledad.

Suicida
Esta vida nos enseña a odiar todo, a desconfiar hasta de la corteza terrestre.

Soltó el teléfono y cogió una chaqueta del closed, se la colocó, luego se dirigió hacia un cajón que había debajo de su cama, sacó una caja que tenía balas Dun.Dun. También había un changón y un treinta y ocho. Los revisó y cargó la pistola quitándole las balas sencillas y colocándole Dun.Dun, balas especiales. Volvió y guardó el cajón, tenía una calma envidiable para aquellas ocasiones, prendió un cigarro y cuando se dirigía a la puerta, su mamá le preguntó:
—Hijo, para dónde vas?
—Voy a llamar a Juan, ya vengo.

Antes de ir a prisión, Ramón va de paseo con Víctor Gaviria a Liborina, el pueblo de donde son oriundas las familias de ambos. Allí, por fumar marihuana en la calle, lo meten a la cárcel: “Qué belleza de cárcel —dice—. Muy aseada, pocos presos, bien vestidos, todo bien”. En el 88, después del paso por Bellavista, Ramón es remitido a una de sus aseadas cárceles pueblerinas, en Fredonia. Allí se vuelve más reflexivo. El retiro geográfico lo hace sentir aún más lejos de lo que prometía ser su vida.



Aquí todo bien en esta nueva cárcel. El desayuno arepa con pan, comestible, no aguamasa como en Bellavista. Yo me hice inscribir para entrar a estudiar carpintería ya que aquí da un curso el Sena. A las doce almuerzo sancocho con claro, bendito. A las doce salimos de estudiar.

Empecé a dialogar con varios internos. Había gente con cara de azarosos pero mí no me azaraban, yo venía como hombre y con eso gano.

[...]

He visto recortes de Rodrigo D No futuro. Ahí mismo llegan los recuerdos, con una risa sarcástica se ríen de mí, aquí donde se vive entre fofarachos. Gente bien, mal, peores y salvajes. La lucha es por sobrevivir ya que hay un triunfo imaginario lleno de fantasías, de ego.

Sí, algún momento le robo a la vida la calma.

Recuerdo cuando era un niño. Recuerdo los camping, sólo ahí supe lo mucho que valía la libertad. O con los locos que camellé la película de paseo. Cuánto nos cambia la vida, cuántas amistades han caído. Tras una búsqueda del rey dinero... qué falla. Pero indudablemente el mundo marcha como debiera ser gústenos o no, así de sencillo.

Un día en mi celda, la que la sociedad me asignó, miré a través de mi única ventana. Allá encima de mi cabeza pude ver un lucero que brillaba en su luz. Sentí un contacto con toda la humanidad y con todo el universo y mi corazón se alegró porque brilló para mí en esta puta celda.

Ramón fue asesinado en enero del 91, poco más de seis meses después de llegar del Festival de Cannes, adonde fue invitado como coguionista de la película *Rodrigo D: No futuro*. Si hubiera podido escoger una última y breve anotación en sus cuadernos, seguramente lo habría hecho de manera directa y sin solemnidad, como era su mirada ante la propia muerte. Ya antes se había despedido de su diario, como si no fuera a volver:

Después, a las 10 p.m. me acosté, suerte recolector de mi vida. ☺



Disfruta de tus vacaciones en t u museo, t u lugar... el Museo del Agua EPM.



Tarifa plena: \$6.000
Estratos 1, 2 y 3 ingresan gratis
presentando la factura de servicios EPM
Informes: 380 69 54/ 380 69 50
www.museodelaguaepm.com.co




Saudade de Medellín

por LIDERMAN VÁSQUEZ

Fotografía: Melitón Rodríguez

Cuando miramos el álbum familiar nos invade una suerte de *saudade*, una nostalgia placentera que le sienta bien al espíritu y que Antonio Tabucchi decía poder provocar voluntariamente caminando a ciertas horas de la tarde por las calles de su muy querida Lisboa. Nos resulta difícil reconocer en la adolescente de pantorrillas fuertes y gestos abiertamente coquetos a la abuela nonagenaria. El mundo que nos muestran los álbumes es el de los muertos, lo que fue y no volverá, incluso si aún estamos vivos y la foto es de hace solo tres años. Por eso de tarde en tarde, cuando quiero reconciliarme con la muerte, vivir la nostalgia del pasado, miro el álbum familiar.

Hace días cayó en mis manos un libro: *Fotografía de arquitectura en Medellín, 1870-1960*, de Luis Fernando Molina Londoño. Un libro fascinante que nos pone a caminar, una vez lo abrimos, por los senderos de la *saudade*, sentimiento que yo conocí cuando, después de muchos años, volví a leer los poemas de Mario Rivero, pero que nunca había sentido por una ciudad hasta el día en que desprevencidamente hojeé este libro. La primera foto, de 1893, es una panorámica de la pequeña villa tomada desde un sitio de Buenos Aires que inicialmente no pude ubicar, pero que al final, después de mucho cavilar, concluí debía estar por los lados del cerro El Salvador. Es un poblado rodeado de fincas, pantanos y bosques, cuya población no supera los cincuenta mil habitantes. Sobresalen las cúpulas de las iglesias, lo único que quedó de esa época, pues edificios como el Palacio Nacional, el Palacio Calibío, la Estación Medellín, y otros que sí se conservan, no hacían, todavía, parte del paisaje.

Para 1893 Medellín iba de la iglesia de San Benito a la iglesia de San Ignacio, y de la iglesia Metropolitana, todavía en construcción, hasta un poco más allá de la Torre Pilatos, que se demolió para construir, años después, el Palacio Nacional. Traspasando esos límites empezaba el mundo rural, los extensos cultivos de café, los pantanos, en fin, una vasta geografía en la que era posible que a veces aparecieran animales salvajes. La mayoría de las casas eran de la época colonial, de arquitectura sencilla, construidas en bareque, con amplias huertas en las que se cultivaba y se criaban gallinas y otros animales domésticos; casas que podían abarcar una cuadra entera, para dar albergue a la numerosa familia y a la igualmente numerosa servidumbre, como era la usanza en los tiempos de La Colonia. El ochenta por ciento de las personas eran analfabetas, supersticiosas, y todavía, con casi un siglo de vida republicana, de mentalidad medieval. Entre los pobres era común el amanecimiento. Los ricos, en cambio, buscaban el vínculo eterno del matrimonio, y la mañana que sucedía a la noche del himeneo se debía mostrar la mancha de sangre en la sábana. La honra de las mujeres, a media pulgada de distancia del ano, como diría Lichtenberg, era custodiada por padres y hermanos, quienes en caso de robo debían vengar el honor de la familia.

Las calles empedradas, estrechas, en una población con servicios públicos precarios (recordemos que las casas no tenían baño) eran el punto de encuentro de los más diversos olores, desde la mierda de perro, de cristiano, de buey, de cerdo, de caballo, de mula, hasta la catinga de la gente de todas las condiciones sociales. Mujeres del pueblo, con sus faldones largos de tela burda y grandes canastos sobre la cabeza, arrumbaban hacia la quebrada Santa Elena a lavar ropa, oficio con el que muchas conseguían el sustento. Casi todos y todas iban descalzos, pues el uso de zapatos era privativo de las clases altas. Éstas, en cambio, educadas en las costumbres francesas, vestían a la última moda, aunque con meses, y quizá años de retraso, debido a las grandes



Los perros vivían en completa libertad, corriendo detrás de las mulas, las gallinas, los gatos, las perras en celo y cuanto cosa se moviera, de día o de noche. Más que mascotas eran guardianes de las casas en un mundo en el que todavía no había luz eléctrica, solo farolas de cebo que alumbraban las cuatro esquinas del Parque Berrío, y que en las noches de luna llena, por disposición gubernamental, no debían prenderse. Había tanto perro en las calles que más de un vecino llegó a quejarse ante las autoridades porque el alboroto que armaban les impedía el sueño. A la salida de La Candelaria las castas esposas tenían que persignarse y mirar para otro lado, no porque hubieran visto a una puta, sino porque un perro arrastraba a una perra o porque otro acababa de despegarse y estaba como apaleado, con el sexo colgando cual fruto obscuro.

Al amanecer se escuchaba el vocerío de las mujeres que vendían rellena, dulces, natilla..., y que iban rumbo a la plaza de mercado de Guayaquil, recién inaugurada. Era una población heterogénea, constituida por blancos, mestizos, mulatos, negros, indios, y en la que no siempre el rico era blanco. Quizá esto se explica porque el negocio de la minería, origen de las grandes fortunas de la época, se aviene con la turbiedad de espíritu y la falta de escrúpulos que en sociedades con marcadas diferencias sociales se convierten, para quien las posee, en el combustible que los promueve socialmente.

Las calles empedradas, estrechas, en una población con servicios públicos precarios (recordemos que las casas no tenían baño) eran el punto de encuentro de los más diversos olores, desde la mierda de perro, de cristiano, de buey, de cerdo, de caballo, de mula, hasta la catinga de la gente de todas las condiciones sociales. Mujeres del pueblo, con sus faldones largos de tela burda y grandes canastos sobre la cabeza, arrumbaban hacia la quebrada Santa Elena a lavar ropa, oficio con el que muchas conseguían el sustento. Casi todos y todas iban descalzos, pues el uso de zapatos era privativo de las clases altas. Éstas, en cambio, educadas en las costumbres francesas, vestían a la última moda, aunque con meses, y quizá años de retraso, debido a las grandes

distancias que por esos años nos separaban del mundo civilizado. Desfilaban por el paseo La Playa con sus incómodas crinolinas que solo dejaban ver las manos, pero que exacerbaban la imaginación de los hombres, ya que bajo las acampanadas y rígidas faldas que tocaban el suelo, en vez de calzones llevaban enaguas. Esquivando una que otra deyección, con sus pasitos morigerados, castos, educados, al amparo de las sombras que prodigaban las grandes ceibas y escoltadas por el rumor de la quebrada, las mozas hacían lo de todos los días: ir a misa, visitar los negocios del Parque Berrío y desandar el camino rumbo a casa, siempre en compañía de sus progenitoras. Los enamorados debían conformarse con mirarlas desde lejos, pues el más mínimo contacto era escandaloso. No había sitios donde divertirse, y a ciertas horas de la noche algunas calles se llenaban de aparecidos y de cuanto ser sobrenatural podía crear la mente medieval. Dice don Tomas Carrasquilla que los mozos de buenas familias "disfrutaban del sol de la juventud (como única diversión) montando sus corceles, paseando por la quebrada arriba, amando en secreto y casándose en público...". No debió faltar la viuda que en las largas noches de 1893 dejara entreabierta la puerta del patio, o una ventana, para facilitar la entrada del amante que, embozado y ensombreado, venía por lo suyo. Al día siguiente, revoloteando entre las crinolinas que iban quebrada abajo tumbando niños, crecía el rumor de que un hombre sin cabeza, el mismísimo diablo, había sido visto por los lados del puente Junín.

Tampoco debieron faltar las ñapangas, hijas del encomendero con las muchas indias que tenía a su servicio, que desde La Colonia parían hijos para servir de servidumbre las casas principales. Además de sirvientas, eran barraganas de los señores e iniciadoras sexuales de sus hijos. A finales del siglo XIX las ñapangas (mestizas) trabajaban en las pulperías, en el servicio doméstico..., y no pocas en la prostitución. El hurto de un himen de ñapanga no creaba mayor escándalo en la sociedad ni conculcaba ningún honor, de modo que eran muy frecuentes las aventuras con estas mujeres, poseedoras de una sabiduría milenaria que las mozas de bien desconocían porque desde antes de nacer estaban consagradas a María, la jamás desflorada, la madre de Dios.

No obstante tanta mierda de perro, de buey y de cristiano en las calles, las casas de la villa eran limpias y las mujeres hacendosas, ocupadas en las faenas del hogar desde la madrugada hasta el anochecer, metidas en la cocina casi todo el tiempo, pendientes de que la sirvienta moliera el maíz y asara las arepas, porque a nadie se le había ocurrido la idea de asarlas para venderlas a los demás. Se comía seis veces al día, todo natural, producido sin fertilizantes, y los intestinos funcionaban a la perfección, intestinos de finales del siglo XIX. En ese mundo de grandes caserones de bareque y casas de adobe diseñadas por arquitectos de verdad, tenía su imperio el taburete, una silla rígida forrada en cuero de ganado vacuno que en las grandes mansiones decoradas al estilo europeo estaba al lado del sofá Alfonso o de las butacas Luis XV o del piano.

En la foto se ve la pequeña ciudad como de soslayo y a todo el frente el cerro El Volador y las montañas donde todavía no están los populosos sectores de Robledo y Castilla. El Picacho, entre brumas, parece como una ola en la estratificación que desciende vertiginosa hacia el valle. Todavía no están las grandes construcciones, de vida efímera, que si se hubieran respetado habrían hecho de esta ciudad un verdadero encanto para propios y extraños. La quebrada Santa Elena aún estaba abierta, y aunque para esos años de finales de siglo las lavanderías estaban siendo desterradas y buscaban sitios cada vez más alejados del centro, sus aguas eran limpias. El valle era un verdadero nido de aguas limpias.

A los viajeros que venían del norte, por los lados de donde hoy es el barrio Santa Cruz, y que alcanzaban a divisar solo las torres de las iglesias, aquello debió parecerles una pequeña parroquia abandonada en medio del bosque. Sin embargo, algo estaba sucediendo: como una muchacha en enero, cuyas caderas se expanden, pero que aún mira hacia atrás y no entiende la mirada turbia del seductor, Medellín no entiende todavía las palabras del amante salaz, el progreso, que terminará desvirgándola. ☺

Retrato de lluvia urbana

por JOAQUÍN MATTOS OMAR

Ilustración: Mónica Betancourt



A la 1:45 de la tarde –tal como lo hacía presagiar el tiempo nublado que había sustituido el esplendor del sol desde mucho antes del mediodía–, empezó a llover en el norte de Barranquilla. Al principio fue solo una llovizna, pero muy pronto tomó el cuerpo de una lluvia intensa, voluminosa. El embate del viento la inclinaba tanto que por momentos era casi horizontal. Yo la observaba a través de mi ventana, desde el tercer piso en el que vivo: era una multitud de agujas que volaban a toda prisa hacia el sur; una ráfaga de proyectiles de cristal disparados desde el avión artillado del temporal.

La calle, de ordinario atestada de vehículos y peatones, se hallaba casi desierta. Había nueve personas sorprendidas allí por el feroz ataque pluvial y se refugiaban debajo del alero del edificio de enfrente, alineadas contra las vitrinas de un almacén de telas. Dos de ellas –una pareja de mujeres– llevaban un gran paraguas negro desplegado, que añadía una nota lúgubre más a la tarde.

A pocos metros de las personas, abandonada sobre la bahía de estacionamiento, próxima a un poste de la red eléctrica y junto a unas bolsas de supermercado llenas de basura y cerradas con un nudo en el extremo, había una gran y abullonada poltrona, vieja y desvencijada, que parecía, sin embargo, una duquesa solemnemente sentada, con brazos tan opulentos como los de una modelo de Rubens. Soportaba en silencio la inclemencia de la lluvia.

A mi derecha, por la calle que formaba una encrucijada con la vía sobre la que estaba mi ventana, corría, en dirección al río Magdalena, un arroyo todavía inofensivo, cuyas aguas, sin embargo, se encrespaban espumosas al paso de los automóviles que avanzaban contra su corriente. Un cielo gris plomizo que se tornaba cada vez más oscuro a lo lejos del paisaje, lo cubría todo.

Entonces se escuchó el sonido bronco de un trueno, al que siguió el ladrido asustado e inconsolable de un perro, uno que debía ser frágil y pequeño, sin duda algún perrito faldero que vivía en uno de los apartamentos del edificio de enfrente.

Poco después de ese enfurecimiento, la lluvia amainó de pronto, pero solo para arreciar en seguida con más fuerza. Fue en ese momento cuando me sorprendió aquella imagen: la del rostro fotografiado en primerísimo primer plano de una muchacha que reía con la boca abierta desde una valla publicitaria que se recortaba en lo alto, más allá y más arriba de la azotea del edificio de enfrente.

Con el renovado vigor de la lluvia, que danzaba en rápidos movimientos delante de él, aquel enorme rostro parecía haberse animado, cobrando súbita y verdadera vida, de modo que la suya se volvió una trémula y explosiva risa que traicionaba la felicidad que, a ojos vistas, experimentaba aquella bella mujer a causa del agua que se precipitaba y chorreaba por su cabello y sus mejillas.

La lluvia volvió a ceder y las mujeres del paraguas negro aprovecharon para meterse apresuradamente en un taxi, que se las llevó vía abajo. Fue un momento providencial para ellas, pues no bien hubieron desaparecido, el agua recrudeció, sonora, potente, todavía diagonal.

La poltrona, es decir, la duquesa, empapada hasta el fondo, ofrecía ahora un aspecto más desvalido. Se escucharon dos truenos más, pero lejanos y sin la estruendosa detonación del primero: apenas dos sonidos guturales (tal vez por eso el perrito, que ya se había callado, no volvió a ladrar; o estaba ya paralizado por el terror). Más estrepitoso fue el sonido que hicieron dos cortinas metálicas al ser cerradas, una tras otra, en algún almacén cercano que yo no alcanzaba a ver.

A las 2:20 de la tarde la lluvia desfallió de nuevo y se estabilizó por un rato en una llovizna vertical, tan vertical como el hilo de una plomada. Incliné la vista hacia la superficie de la calzada y vi que las gotas formaban al estrellarse un nervioso hormigúeo. A las 2:33, como si jugara un juego de acometidas y retiradas alternativas, volvió a aumentar su ímpetu y se tornó otra vez diagonal y tupida. El castigo que recibía la duquesa era intenso, brutal; más envilecida que nunca, inspiraba ya una profunda lástima.

Con el correr de los minutos, el chaparrón empezó a disminuir en forma paulatina, uniforme, sin más cambios bruscos, como si una mano hubiera empezado a apagarlo gradualmente desde un tablero de control. A las 3:01 de la tarde, me di cuenta de que ya era solo una mansa garfía, casi imperceptible. Apenas unas gotas silenciosas que formaban un leve temblor en el aire.

Pero cuando ya me había instalado en el sentimiento seguro y confortable de que la calma había retornado por completo, escuché por la radio, en un reporte de última hora, que en ese preciso momento caía en el otro extremo de la ciudad un tremendo aguacero que había provocado inundaciones en un barrio tugarial y mantenía en estado de emergencia a cinco vehículos que eran arrastrados por la fuerza tempestuosa de los arroyos. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

VIAJEROS

Desde siempre los escritores se han ocupado de los viajes en el tiempo, tema al que, con razón, no se cansan de volver. Infinitos cuentos, novelas y obras de teatro aluden al asunto. También películas, claro está. Como el espacio es mínimo para tanta gente, menciono apenas dos relatos, para mí memorables: *Enoch Soames*, de Max Beerbohm (donde el Diablo acepta complacer el capricho de un pobre diablo), y uno inmortal, *El déan de Santiago y el maestro de Toledo*, del Infante don Juan Manuel, tan admirado por Borges, que según nos cuenta William Ospina, lo volvió a escribir con el nombre de “El brujo postergado”.

Otras dos menciones, éstas sobre cine. La primera para un filme de Alain Resnais, muy poco mencionado, *Je t'aime, je t'aime*, una especie de minucioso *puzzle* intelectual en el que los protagonistas parecen girar interminablemente en un tiovivo; y el estupendo *Time after time*, de Nicholas Meyer, cuyos protagonistas son el mismísimo H.G. Wells (Malcolm Mc Dowell) y su máquina del tiempo; o sea, una ficción dentro de otra, para una película “menor”, si se quiere, pero que hace del tema un juego fascinante, superior tal vez (perdón) a la historia que leemos en la novela del propio Wells.

Un recuerdo, en fin, en homenaje al también inglés J.B. Priestley, y a su libro *Tres piezas sobre el tiempo*. En cada una de ellas, Priestley, apasionado por esos enigmas, desarrolla con gran pericia dramática una teoría distinta sobre el asunto; confirmando así, de paso, su esencial inverosimilitud. Porque, claro, se nos pide de entrada no creer en ninguna de ellas. O creer en todas, que viene a ser lo mismo.

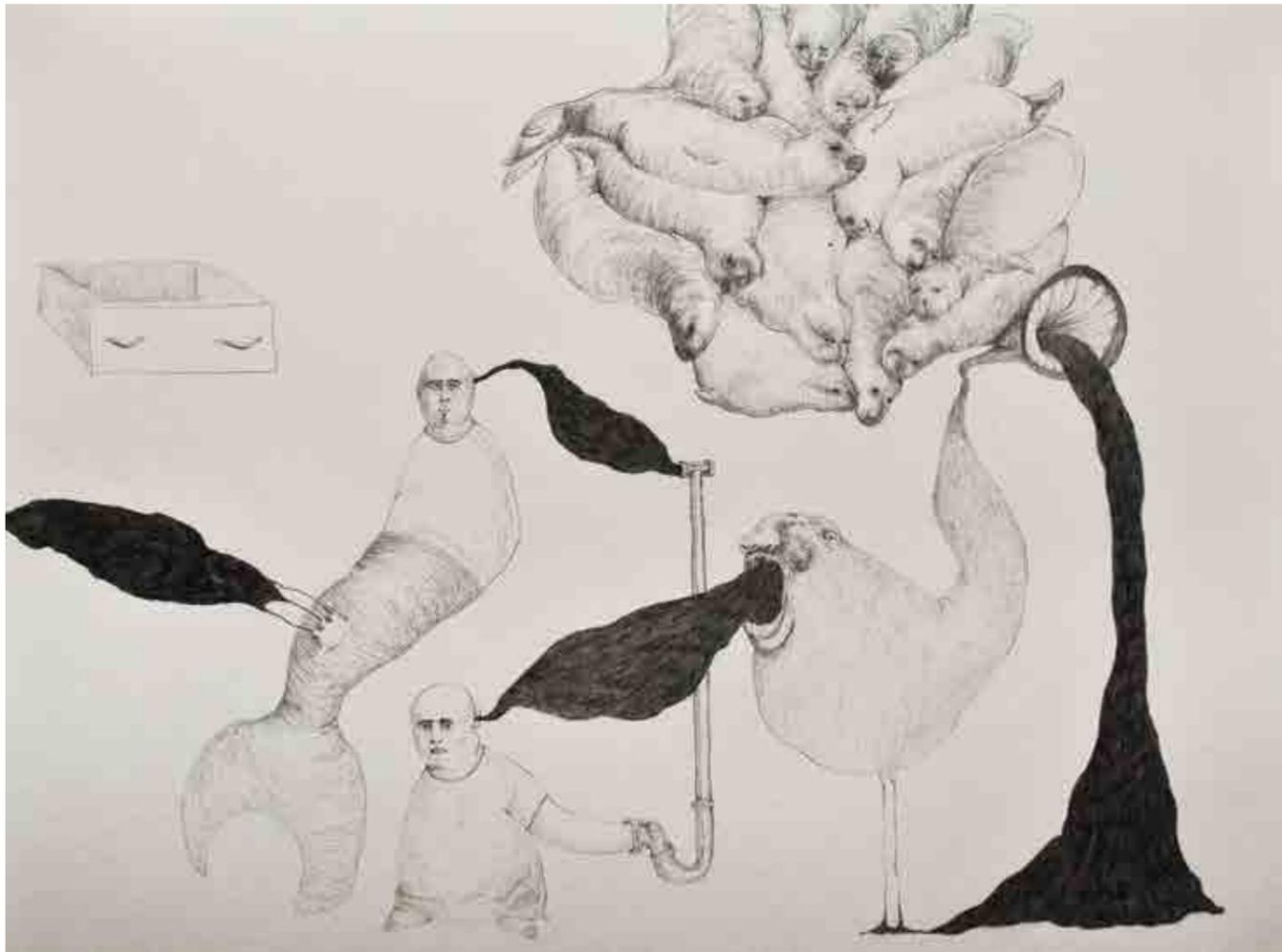
Incapaz de vencer al tiempo (un imposible metafísico, por supuesto), el hombre acude a su mejor arma, la imaginación, para librar ese desigual combate y derrotar a la divinidad. Por una vez, Prometeo gana la batalla, y se olvida de Heráclito.

CODA

“Si una historia comienza con un encuentro, debe terminar con una búsqueda” (Penelope Fitzgerald, citada por Alberto Manguel). Creo que esa corta frase dice más de lo que parece. A mí, al menos, me sugiere muchas cosas; pero no pretendo entrar en esas aguas. Sólo que, de refilón, me remite a Borges; decía él que para escribir sus cuentos empezaba por imaginar un comienzo y un final; después, le bastaba con llenar el espacio entre los dos. Y sí, quizás toda gran literatura se limita a abrir una puerta, la puerta hacia una búsqueda. Tal vez la del tiempo perdido. ☹



Vida, seguridad y convivencia para el corazón de Medellín



Dina Sherman
The Empty Drawer
Lápiz sobre papel
24" x 18"
2012.



Dina Sherman
Everything Would Be Fine
Lápiz y colores sobre papel
24" x 18"
2012.

La venus de Bolombolo

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Fotografía: Juan Fernando Ospina



I. A la puerta del Hotel Europa Normandía, en la calle Maracai-bo, el gabán antiguo, la boina y la pipa, además de la barba taheña, hacen de este viejo ya no un poeta sino la caricatura de un poeta. Al lado suyo anda una mujer treinta años más joven que él, en traje de una pieza, más discreto que el suyo. Ella estira la mano cada que pasa un taxi. Al fin uno se detiene. El viejo, de un porte gigante, avanza, con un vigor que contradice los setenta años de su cuerpo, bien bebidos y bien fumados.

Del fondo de la barbasale una voz hurafña: —Llévenos a la Plazuela de San Francisco.

El viejo se refocila a sus anchas en el puesto de atrás, desentendido de todo, pero a la vez atento a cada sombra que pasa ante sus gruesos lentes: demasiada gente tal vez, en comparación con la que había en esa Villa de La Candelaria cincuenta años antes, en los veinte, cuando iba a las tertulias del Negro Cano en el Café El Globo, del pasaje Boyacá.

—No conozco esa plazuela, de pronto usted me está hablando de la Plazuela San Ignacio —dice el conductor.

Bruscamente el poeta se despierta de su meditación para gruñir.

—¡No, señor, le estoy diciendo Plazuela de San Francisco!

—Ya no se llama así —le aclaró Victoria, tratando de apaciguarlo.

—¿Desde cuándo le están cambiando los nombres a las cosas?!

La mujer hizo un gesto al del volante para hacerle entender que tenía razón: iban para la Plazuela de San Ignacio, que ya no se llamaba como el viejo decía.

Francisco de Asís León Bogisla de Greiff, nombre de pila del anciano, se lanzó a farfullar de memoria algún pasaje, tal vez de Villon, donde el poeta francés se lamenta de aquellos tiempos idos, pero siempre en tono de burla y de escarnio.

El viejo ya casi no leía libros de los importantes, dice Victoria Carder, prima del poeta; daba la impresión de que se lo había devorado todo. Del fondo de su abrigo sacó una novela de vaqueros de Marcial Lafuente, un caballo de ajedrez, una revista de historietas de ediciones Novaro, un pedazo de pandequeso rancio. Eran tantas las cosas que cargaba De Greiff en el *tabardo astroso*, que esto se había hecho célebre, sobre todo después de que a una reportera de televisión, en aprietos por el hermetismo del poeta, se le ocurrió preguntar: “Maestro, ¿qué lleva en los bolsillos?”.

Llegaron a San Ignacio, que anda animada de lustrabotas, vendedores de frutas y grupos dispersos de gente encopetada que aguardaba al poeta para la ceremonia. Le iban a imponer la medalla Estrella de Antioquia, aunque unos meses antes la Alcaldía de Medellín también le había concedido El Hacha Simbólica de Antioquia.

Iba por el mundo agobiado de medallas, comentó un cronista de la época. Me las han dado todas, escribió León: La Cruz del Sur, la del Dragón Enfermo, la del Grifo Desolado, la del Gato que pelotea, la de la Foca Sitibunda, la del Oso Polar, la del Asno de Buridán, la del Cisne de Pésaro, la de la Catatúa Melancólica y la del Último nacido del Viejo Cisne y Leda. Todas se pueden usar sin frac.

Después de los discursos sobrevino un chaparrón de aplausos, mientras unas manos le colgaban la estrella con una larga cinta verdiblanca en el pecho. No quiso aceptar la recepción que le ofrecieron después de la ceremonia. Victoria lo tomó del brazo y se refugió en otro taxi, rumbo a la casa de ella en la calle Girardot, el lugar de la cita.

Tan pronto estuvo a salvo de las sobadas de hombre y las fotos, León de Greiff se quitó la medalla. Iba a encontrarse con la mujer cuya pasión torrencial describió de un modo cifrado en los versos que escribiría a orillas del río Cauca, en Bolombolo, cuarenta y cuatro años antes. Guardó la Estrella de Antioquia en uno de los bolsillos, junto a la novela de Marcial Lafuente y el pandequeso rancio. Estaba tan ansioso por la cercanía del encuentro, que no advirtió cómo la cinta había quedado colgando por fuera del gabán; y cuando se bajó del carro un extremo de esta quedó prensado en la puerta. La cinta verde se fue ondeando en el taxi, mientras la medalla rodó por el pavimento. Victoria se apresuró a recogerla. Ya en la puerta, ella le confesó que le había costado bastante convencer a Margarita, la amante furtiva, para que se viera con él, después de un episodio que ahora parecía rocambolesco, pero que en su momento cambió el rumbo de León, a sus treinta y un años, cuando trabajaba como administrador del Ferrocarril Troncal de Occidente, que se construía por las selvas del Suroeste.

II.

El tramo de la vía que iba a unir las aldeas de Bolombolo y La Pintada estaba programado para ejecutarse entre 1926 y 1929. Cuando recibió la propuesta, León trabajaba en Bogotá como contabilista del Banco Central. Pasaría de ganarse ciento diez pesos a doscientos cincuenta que era el sueldo de enganche. Pero la decisión, según se cuenta, no solo tuvo que ver con la oferta de salario, sino también con la gris melancolía de la capital, redundante con su condición también gris de empleado. Para colmo, a él le gustaba por esos días llamarse a sí mismo Leo Legris.

El efecto que tuvo la visión del trópico en León fue doble. Ahora podía solazarse con los paisajes que siempre había querido conocer, pues un bisabuelo suyo, Karl Sigismund Von Greiff, también había venido del hielo de Suecia a explotar una mina en el Suroeste, que no podía tener un nombre más tropical: El Zancudo. De paso, la obra del poeta dejó de hablar de pingüinos peripatéticos para celebrar el país del sol sonoro. Así, el nombre de Bolombolo, un caserío precario a orillas del río Cauca, empezó a figurar en el mapa literario con la misma extravagancia de un Yoknapatawpha en William Faulkner. Tanto así que hasta su traductor ruso, Sergei Goncharenko, vino a constatar si la aldea existía porque sospechaba que era apenas el invento de un escritor al que le gustaba jugar demasiado con las palabras. El ruso se excusó por no haber traducido aún la *Fanfarría en sol mayor* en la que el pueblo parece de mentiras, casi un pretexto para la pirotecnia verbal...

Oh Bolombolo, país exótico y no nada utópico

En absoluto! Enjalbegado de trópicos hasta donde no más! Oh Bolombolo de cacofónico

o de ecológico nombre onomatopéyico y suave y retumbante oh Bolombolo!

Por aquí se atedia, en éste se atedia por modo

Violento la fantasía: monótono país de sol sonoro, de excesivas palmeras, de animalillos zumbadores, de lagartijas vivaces, de salamandras y camaleones,

cigarras estridulantes, verdinegros sapos rugosos, y melados escorpiones.

III.

Cuando los ingenieros llegaron con De Greiff a establecer su campamento, la aldea era solo una hilera de casuchas de pescadores en la orilla occidental del Cauca, un cruce de caminos, de arrieros y contrabandistas, un lugar de fondas con victrolas y demás atractivos poco virtuosos para el desfogue de los mineros y campesinos. A ambas vertientes del río, que al poeta le gustaba llamar por su nombre indígena, Bredunco, se divisaban fincas grandes, en las lindes de una selva tumbada por tramos para la siembra de café y la cría de ganado. El poeta pronto advirtió que entre el húmedo sopor de las montañas también acechaban otra clase de tedios y peligros, aunque amenizados por el soliloquio de las chicharras. A menudo debía emprender largas travesías a lomo de mula con los topógrafos y los ingenie-



ros, que al verle esa barba roja y los ojos zarcos le llamaron Mister Grey. A fuerza de encarar los hostiles caminos, los aseos del monte, se volvieron camaradas de labores y compinches de juerga.

En sus manuscritos, Leo o Mister Grey, describe estos pasajes en son de aventura, pese a que muchos de sus delirios no siempre fueron báquicos. El viejo confesó alguna vez que había perdido el juicio en un bohío de montaña, víctima de una fiebre hemoglobínica, a la cual sobrevivió gracias a unas inyecciones de arsenobenzol. Mientras tanto, cerca de su catre, morían seis personas del mismo mal. De vuelta al pueblo, De Greiff debía ocuparse en inventariar vituallas y equipos, pero también en componer alguno de sus poemas, en los que, entre otras cosas, reniega de las obras de ingeniería, y parece que odiara las vías férreas, quizás porque su construcción le aburría, así como el ruido de las máquinas agitaba su neurosis. Miraba un terraplén y sentía que la selva parecía un manuscrito al que le habían cortado la frase más bella. Bostezaba como un león frente a sus deberes oficinescos: “Dañaron el paisaje con técnicas absurdas y fórmulas tediosas, los sabios (infatuados como cualquier poeta), los sabios infatuados de ciencia ingenieril.

IV.

Leo conoció a su amante una tarde de 1926, después de otra travesía en mula con su comitiva por las veredas de Titiribí. Ya habían bajado de la montaña, sedientos y maltrechos. En cuanto pisaron la llanura junto al río, Martín Vélez entró a una hacienda pidiendo a gritos una totumada de agua para calmar el guayabo, que lo traía como ánima en pena desde La Herradura, donde habían pasado la noche bebiendo anisado del que hacía Don Pipo en su alambique. Del fondo de un caserón derruido salió Margarita en una batola de casa, tras la cual se adivinaba su cuerpo magnífico. Apenas le sirvió limonada, contó que andaba sola, apenas con una criada, porque su marido, un coronel Mendoza, andaba reclutando gente por los lados de Pácora. Todos quedaron alelados con la dama, que los llevó a la cocina para enseñarles las pailas en las que hacía ricos guisos criollos y melazas de guayaba para endulzar su tedio de recién casada a la espera del guerrero. Los amigos dieron cuenta de todas las delicias que la muchacha les ofrecía, por lo menos de las gastronómicas, porque el poeta quedó antojado de otras: *Y en el cielo y en el Cauca; / Llegaron al “señorío” / feudal –erótica marca- / de Rosa de Bolombolo / la de pupilas estrábicas, / de muslos pluscuamperfectos / y de senos como cráteras / de corindón, cuyos vinos / antes queman que no embriagan.*

A Margarita también le atrajo la gracia y el repentismo de León con la palabra, pero más que celebrarle al poeta sus graciosos, estos despertaron su curiosidad. En hojas de carta, con el membrete del Ferrocarril, León le enviaba sus calambures, que luego se trocaban en urgentes y secretas peticiones de encuentro. Un peón del campamento de ingenieros y la criada de Margarita eran los recaderos que acortaban la distancia entre los cuerpos y encubrían el idilio de los ojos del coronel Mendoza, que andaba haciendo la guerra mientras su esposa todo lo contrario. El poeta insinuaba las condiciones de la relación:

Yo, Beremundo el Lelo.

Fui topógrafo ad-hoc entre “El Cangrejo” y Purco y Niverengo,

(y, ad interim, administré la zona bolombólica:

mucho de anís, mucho de Rosas del Cauca, versos de vez en cuando),

y fui remero –el segundo a babor– de la canoa, de la piragua

“La Margarita” (criolla), que nave-

gó fluvial entre Comiá, La Herradura, El Morito.

El Cortijo, como nombraba León a la hacienda donde vivía su amada, todavía se halla entre la quebrada La Comiá y el río. En caballo, el trayecto hasta Bolombolo podía cubrirse en media hora. A Margarita le encantaba montar en bestia por esas vegas, dice Victoria. Alta, con la fronda de pelo negro (endrino, dice Mister Grey), De Greiff la veía llegar como una amazona, andando sin brida hacia el ávido encuentro.

Y en sus brazos morenos naufragaba mi sér –mi sér, a pique, jubiloso!– Oh mármol móvil en la móvil hamaca! Oh mármol ágil sobre los yerbales! Rútilo mármol en las rubias aguas del Cauca río –retozante Fauno flavo Sileno ansioso de la nuda Oredá–, fogoso mármol, Venus sapiente, en la alcoba, a la noche insomne y ávida!

V.

En 1994 Boris de Greiff, hijo del poeta, andaba con Goncharenko de paso por Bolombolo, cuando le preguntó sobre la teoría de que la Rosa del Cauca, la de los poemas, tal vez no fuera sino una Margarita, de carne y hueso, tal como en su época la Beatriz de Dante era una muchacha de verdad, al igual que la Laura de Petrarca. Boris negó que su padre hubiera tenido amante alguna, en ningún tiempo y en ninguna parte. Enseguida hizo una loa a la soledad del viejo: que solo tenía ojos para Matilde Bernal, su madre, a la que dedicó un álbum de poemas, en edición de un solo ejemplar, de su puño y letra, en 1921. Y dijo que hasta el final de sus días él salía de copas con su papá por la noche bogotana. Iban al Automático y, en cuanto el delirio báquico los hacía caminar en zigzag, se iban a paliar la prenda con frisoles a un restaurante criollo llamado El Maizal, que todavía existe.

Pero Victoria Carder ni siquiera accedió a los poemas famosos para justificar la presencia de Margarita. Sacó un volumen de pasta amarilla y me puso a buscar en la página 244. El libro se llama *La columna de Leo* y es una recopilación de los artículos de prensa que publicó De Greiff en diarios capitalinos. En la página 244 de un ejemplar de la Colección de Autores Antioqueños, ella me señaló un texto poco conocido que había visto escrito con la letra del poeta en un papel del Ferrocarril, en manos de su destinataria, Margarita, la bolombólica de carne y hueso:

Te llamabas... alguna vez te llame Margarita

Me quieres no me quiere-sí– un día me quisiste...

Te llamabas... alguna vez te nombré Altisidora,

Reina de los cortijos...

Te llamabas la egipcia del aduar, la gitana estupenda

Del zoco, la pasajera que se gozó furtivamente sobre el césped...

La que calmó las sedes de la instintiva sicio

Mientras aderezaba viandas para el huésped la huésped...

Además de papeles, Victoria recordó otros detalles del romance, y del día en que tramó el encuentro, en 1971, entre dos amantes ya viejos que llevaban más de cuarenta años de no verse. León le había confesado a la prima asuntos que ni siquiera conocían los hermeneutas suecos de Upsala que estudian su obra.

VI.

Es posible figurarse la tarde en que De Greiff desairó a sus amigos, que lo invitaban a un garito en La Herradura, pero que él, bajo la coartada de tener un asunto pendiente con Verlaine esa misma noche, en la hamaca del pasillo, los eludió solo por esperar a Margarita. Le había enviado antes una razón escrita con el peón de confianza. Quizás la es-



pera se vio contrariada por uno de los interminables aguaceros de tierra caliente, o por la reticencia de ella a repetir la hazaña de cruzar el cerco prohibido e ir a juntarse con Mister Grey para calmar, dizque por última vez, la sed de pecado.

Más febril que nunca por la dolencia de amor, Mister Grey, sin la presencia de su musa, caminará alelado y, agarrado a la baranda de guadua, tendrá que tomarse un anisado, encender la pipa o tratar inútilmente de estudiar una larga partida de Philidor o de Capablanca, hasta entender que no hay ya cabeza para esa clase de asuntos, ni para ninguno que no sea Margarita. *Margarita, Margotón, la casqui-fulva*, dice el poema.

La amazona no llegó esa noche ni la siguiente. Tampoco León se atrevió a cabalgar hasta El Cortijo, pues no llegaba el guño que asegurara que podría hacerlo.

Y aunque tu hablar fuera parco todo el mundo se hizo bocas,

todo el mundo fue Aristarco

Para criticar tus locas

Andanzas, tu ardor erótico.

Hasta los riscos y rocas ...

Se extasiaron cuando supieron la historia

que no sé quiénes contaron...

No se conocen detalles sobre cómo el marido ofendido citó a duelo al poeta. Se sabe que en los años veinte se seguía un protocolo secreto, como aquel de tirar un guante a los pies del ofensor, y si este lo recogía, quería decir que aceptaba el duelo. León jamás comentó el incidente, acaso porque él no caso el duelo. Simplemente recibió el aviso, escrito o tal vez de boca del peón, o de algún estafeta que le anunciaba que su vida estaba en juego. En todo caso Mister Grey, que prefería la música de viola a la violencia, optó por la fuga y en la madrugada hizo ensillar la bestia. En Medellín rescindió el contrato al que todavía le faltaba otro año y medio para terminarse. Meses después buscó a Matilde Bernal, su novia de Medellín, y le propuso matrimonio.

VII.

Rosa..., fugada con los años idos... ¿dónde amarás ahora, Venus de Bolombolo, Láis del Cauca?

Victoria le insiste a Margarita que ya está cansada de llevarle cartas suyas al primo, y que no tiene nada de malo que se vuelvan a ver después de tanto tiempo. Para terminar de convencer a su amiga, aduce que ella ya es una mujer libre, separada y desheredada por el coronel Mendoza, que legó la hacienda del Suroeste y otra parte de sus bienes al ejército. Además, el primo ya es un viejo viudo y bastante crecudito.

León entra decidido a la casa. Tiene curiosidad por ver cómo diablos ha ultrajado el tiempo a esa belleza: *Por ella, riñas, enojos, / celos, duelos, algardas: / Rosa, Helena de esa Troya, / mucho más hembra que la Helena clásica! / Rosa la de los labios gordezuelos / y los perfectos muslos y las róseas cúpulas / elásticas!*

La prima lleva a De Greiff hasta la sala de su casa. En la mesa de centro hay un charol cubierto de pétalos de rosa. Al lado, un bizcocho y una botella oscura. La amante se había acordado del gusto de León por los placeres sencillos. El se apoya en la prima para leer la marca de la botella. No es anisado del Cauca sino coñac. Juntas han ido a comprar estas ofrendas a El Festín, una charcutería que hasta hace algunos años todavía despachaba en la Avenida La Playa.

Ante la tardanza, León pregunta cuánto tiempo más tendrá que esperar a Margarita. Será cosa de unos minutos, le dice al fin Victoria, porque ella ya está allí, en aquel cuarto, y no demora en salir.

La dama no termina de acicalarse. Se ha puesto el baúl y la tapa. Un vestido de organza con ribetes de encajes y letines. Tal vez da vueltas frente al espejo. Ya no es la misma, la de las danzas venusinas... Victoria le grita que salga, toca a la puerta, ¡salí, bobal!, la llama otra vez para apurarla. Detrás de la puerta corren otro cerrojo. Y cuando el retraso ya toma el carácter de desplante, León se levanta, toma la botella de coñac y la guarda en el bolsillo del tabardo. Le pide a la prima que lo ayude a coger el último taxi. *Todos los viajes, todos mis viajes, son viajes de regreso*, había escrito cuarenta y cuatro años antes en su *Relato de Harald el Oscuro*. ☪

¿Quién maneja esa puta nave?

De vates, autistas y orates en el parque El Guanábano

por J. ARTURO SÁNCHEZ TRUJILLO

Ilustración: Verónica Velásquez



Ayer a eso de las cinco de la tarde me encontré con Chepe en el alborotado Parque del Periodista, o “El Guanábano”, como se le dice más familiarmente en las garufas de la bacanal. Oasis histórico y colorido de muchos “parches”, este parque es una espontánea sala cultural al aire libre (contigua a la cremosa y estupefacta Academia de Historia de Antioquia), con vibrante espectáculo silvestre sin boleta, y funciones permanentes de apretujadas tribus urbanas que arrebatan sus banderas y goces en el rudo adoquinado y los quicios.

Suelo buscar al Chepe para tomarme un tinto con él en un pequeño negocio de la esquina, donde con la gente que come sancocho, toma cerveza o café, se inhala a la fuerza y gratis una abrasadora e irresistible humareda canábica que se esparce cincuenta metros a la redonda. Allí sonreímos en incoherente silencio o intercambiamos ideas sobre las bastas mañas que corren en la calle y el mundo.

La gente, que siempre ha visto a Chepe callado o tocando instrumentos invisibles en un costado del parque, lo cree autista. La maledicencia canibalesca rumora que quedó mudo y loco después de fumarle la plata de un piano en los sopladeros de Medellín, y algunos “sobradillos”, que practican esa crueldad propia de la ignorancia más triste, lo miran con cierto desprecio al verlo diferente.

Pero este músico del flautín invisible, poeta del asfalto y conspirador de silencios, José Humberto Ramírez Vanegas, más conocido con la chapa de ‘Chepe’, es muy inteligente, rebelde e imaginativo, y por lo menos conmigo habla largamente y bien. Incluso a veces tengo que pedirle que pare el discurso, cuando se pone a entremezclar complicados apartes del *Dogma y ritual de la alta magia* escrito por el ocultista Eliphas Lévi siglos atrás; o cuando hace planes detallados para que en el año 2035 vayamos directo a un extraño lugar de la estratosfera, viajando en una nave que él espera hace más de una década, la cual, asegura –asunto que no dudo–, quedó de venir a rescatarlo... “No me hablés más güevonadas Chepe, que en esos años ya hemos marcado calavera, y además fue a vos y no a mí al que invitaron a viajar esos manes”, le increpo, tratando de no crearle falsas expectativas conmigo como pasajero.

La última vez que me salió con ese trompo de viaje, me la jugué: “¡Buena! Si estoy vivo y en *saudade*, nos vamos, pero dígame: ¿quién maneja esa puta nave?” Al punto Chepe se convirtió en orquesta, y en un tris improvisó música agitando las dos manos. Con la derecha palmoteó el oído izquierdo y con la otra sus labios, mientras soplabla muy originalmente una tonada indescriptible, posiblemente música de las esferas que tampoco me atrevo a cuestionar. Luego, muy serio, afirmó: “¡Volare! ¡Volare ad honórem! Tripulo yo...”

Esa respuesta me cabreó. Teniendo yo al frente, ahí mismo, a un capitán de vuelo sin patente, le rogué que me disculpara pero que nunca más habláramos del caso ese, que definitivamente no me le montaba a esa nave ni por el trasero de cuatro reinas, y que era una negativa solo porque dudaba de su pericia para conducir vehículos, los cuales ni siquiera utiliza como pasajero, pues día a día se recorre, errante perpetuo, la ciudad caminando. Uno lo puede ver en cuestión de tres horas en lugares muy distantes, realizando un variado jornaleo: bien palmeando en parques, bien encabezando con su música actos callejeros que se encuentra a su paso, bien a la expectativa en la entrada de bibliotecas o haciendo carrizo con las palmas juntas en alguna iglesia. Le rinde.

Guardo gran afecto por Chepe. Sufrimos o nos divertimos por igual reinterpretando décadas trajinadas, discutimos a menudo y terminamos siempre en tablas, y sobretodo nos aceptamos; somos amigos hace más de treinta años. En la juventud militamos con explosivos radicalismos por los que murieron cientos de amigos y conocidos, y estamos así, contando la historia “de arepa”, como se dice en lenguaje antioqueño, ramplón. De adultos sumamos a nuestras historietas personales una visita a las grutas del esoterismo y la “drogadicción mística”, desde Madame Blavatsky y *Las enseñanzas de Don Juan*, hasta *El libro tibetano de los muertos* y el *I Ching*, cuevas de donde salieron muchos de nuestros compadres para los manicomios. Pero, como dato curioso, ni a él ni a mí nos pudo encerrar nunca la jauría de los cuerdos, del mismo modo que en los versos del apátrida Marroquín, la pobre perrilla “no pudo coger tampoco al maldito jabalí”.

Termino diciendo que ya muy mayorcitos nos cayó encima estruendosamente el pasado, igual que una mole de basura cósmica, y nos desgranamos a distintas ínsulas hasta terminar como habitantes alucinados de calle. Marginalizados de otros, insubordinados con nosotros mismos, sin boleto de regreso al paraíso ciudadano.

Pertenece a la generación de quienes, a partir de la mitad del siglo XX, bebieron y fumaron en los estertores del nadaísmo, la efusividad fanático religiosa de la revolución años sesenta, y el posterior nacimiento de aquel baboso espejismo llamado narcotráfico, con sus secuelas. Y somos de los pocos de esa camada que hemos quedado en pie, livianitos, un poco chamuscados, pero cero dueños, con las manos libres, vacías, y de cara al sol.

Porque vale la pena aclarar, a diferencia del Chepe, la mayoría de los hoy sesentones vivos que ayer tropezaban terminaron de mojigatos defensores del nuevo pseudoorden, escampados en los abrevaderos del establo ciudadano; incluso algunos utilizaron el renombre transgresor logrado en el momento para asegurar pequeñas o grandes “riquezas”, deslizarse entre mafias, lagartear inescrupulosamente puestos públicos, o estafar en novedosas empresas. Hasta se rumora que en dudosos reservados algunos personajes de esos, convertidos en intocables profetas poéticos, se lucen comiendo carretas untadas de mantequilla oficial, “pues en más de una ocasión sale lo que no se espera”.

Así también, otros insumidos del medio siglo aquel, que tratan por curiosidad, arrepentimiento o tontería de regresar a última hora al teatro chino del día normal, nunca lo pueden lograr, pues además de los garrotazos recibidos al buscar aceptación, en el antes es-



putado jardín de las delicias ciudadanas solo son considerados estorbo advenedizo. Los espera un grueso volumen del libro inquisitorio, donde están reseñados sus nombres completos con apellidos, apodos, turbaciones, infracciones y deudas. El pasado no perdona y la ciudad tampoco.

Y existe también una larga lista de este torpedero generacional “que se crió con Chepe” y, distinto a nuestro flautista del silencio, llevó bien del bulto. Se trata de aquella humanidad que, si no está ahora en los profundos avernos, es un club de divagadores fantasmagóricos “las ollas”, reos reincidentes en el tratamiento siquiátrico, o parte de la lista de desaparecidos y ene enes en la morgue.

Cuando me encuentro con Chepe pienso que nunca ha perdido la certeza de saber lo que es, un indefenso admirador de su majestad Diógenes Laercio, tranquilo e inmutable, no obstante llevar encima tantos fardos tatuados y tantos egos feriados en las faenas del circo ruin que tiene la fallida “ciudad educada”.

Chepe, nada acelerado y muy coherente, es de los que se ha quedado sin interés de volver nunca, refugiado en su mansión de música invisible, sobreviviendo con la carretera como morada, con sus dos metros de plástico doblados en el bolsillo de atrás para armar cambuche en cualquier acera, bastándose además con una sola muda, sin que se sepa qué hace para no morir de hambre, firme en su esperanza de volar a un punto sideral donde lo esperan sus iguales.

Antes que adaptarse a lo que repudió, Chepe ha preferido flotar en los abismos del valle oscuro y traicionero, como meteorito que después de estrellarse en el fondo nunca se apaga del todo, crucificado siempre por los fariseos, auto recompensado con su ebriónico mundo interior que bien sonrío

dulces frutos o bien vomita sobre niños solo son considerados estorbo advenedizo. Los espera un grueso volumen del libro inquisitorio, donde están reseñados sus nombres completos con apellidos, apodos, turbaciones, infracciones y deudas. El pasado no perdona y la ciudad tampoco.

Ayer hablé con Chepe como de costumbre, unos minutos antes de que prendieran los faroles en el Guanábano. Bebimos café, comentamos las barrabasadas del servicio de inteligencia, especulamos acerca de la cuadratura del círculo, nos burlamos un poco de las cortes de empresarios y gendarmes de la cultura en Medellín, recordamos la alocada carrera de cuerpos celestes que se estrellaron en cualquier momento contra el planeta haciéndolo desaparecer irremediablemente, y salimos a caminar hacia el Instituto de Bellas Artes.

De pronto, bien parado en las escalinatas del Instituto, Chepe me miró abriendo sus maliciosos y desiguales ojos que parecían explotar en medio del júbilo, y me dijo algo que me dejó cabezón.

Primero pronunció dos veces, despacio y con fuerza, una palabra a manera de mantra: “¡Diafragma! ¡Diafragma!”. Y luego se despachó con esto: “en el jardín del viento / cuando nace la flor / es el tiempo sagrado / de esta meditación”.

Me golpeé los oídos con las manos y se sonrió. Entonces, mientras en la taberna Diógenes sonaba estruendosamente *El cantante*, interpretado por Héctor Lavoe, inclinamos levemente las cabezas y nos largamos cada cual por su lado sin decir palabra.

¡Para qué más!

Mayo 27 de 2012 UC

Si eres prepago,

Actívalo en un plan postpago Claro móvil

con:

210 Minutos*

Máximo a moviles Claro ó 100 minutos máximo a teléfonos fijos ó 122 minutos máximo a otros operadores + 5 Mensajes De Texto A Moviles Claro Y 1 Elegido De Voz Movil Claro

Por sólo \$28.571

IVA incluido

Y recibirás 2 cargos fijos mensuales gratis*

celutec
Celulares y Tecnología S.A.S.
Distribuidor Autorizado de Claro

Oficina Principal Carrera 43#23-86 Av. Poblado: 2628866,
Envigado: 3023088, Sandiego: 2615022, Alpujarra: 2935222

Claro

Lo que quieres es Claro

claro.com.co

* 210 minutos si sólo se comunica a móviles Claro, o 100 minutos si sólo se comunica a teléfonos fijos, o 122 minutos si sólo se comunica a otros operadores móviles. El valor del mensaje de texto adicional a móvil Claro es de \$137 IVA incluido. Los elegidos limitados aplican para hablar gratis los 5 primeros minutos de cada llamada. A partir del día siguiente, se descuentarán los minutos de los incluidos en el plan a móviles Claro. En caso de no tener minutos disponibles se cobrará el valor del minuto adicional hacia móviles Claro de acuerdo al plan. Aplican condiciones y restricciones. ** El cobro de cargo fijo mensual se aplicará en el mes 2 y en el mes 4. Aplica para activaciones con equipo traído firmando Cláusula de Permanencia de 12 meses. El prestador de soluciones de telefonía móvil es Comnet S.A.

Lo mejor de tu fiesta de cumpleaños lo vives una vez al año.

Lo mejor del gas natural de EPM, lo puedes disfrutar todos los días

¡Aprovecha por tiempo limitado!

Disminución

• De la tasa de interés para los estratos 1, 2 y 3

• Del precio de la conexión

➤ Más económico y ecológico que otros energéticos. ➤ Con la conexión al servicio, los estratos 1, 2 y 3 reciben una coíneta a gas de 2 puestos.

Además de estas facilidades, disfruta de todos los beneficios del gas natural: seguridad, disponibilidad permanente del servicio, valorización de tu vivienda y cuidado del medio ambiente.

Llama ya al 44 44 115 o pregúntale a nuestros asesores

Gas Natural de EPM

Un cambio en tu hogar que cuida la vida

epm

estamos ahí.



Heidy estudia comunicación, es deportista y bailarina

Estilario

por RAÚL TRUJILLO

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

Cómo pega el sol sobre la piel oscura y le llena de brillo y esplendor; otra versión más del Dorado que expresamos hasta hoy y que revive la fuerza de la ancestral madre africana, con un poder que nada la puede ya detener. Revive la fuerza femenina después de años de sometimiento y explotación en bellezas que dejan abiertas bocas y el compás de la seducción en facetas de mestiza a mulata.

Un ave dorada planea sobre su frente y sus cabellos erizados por la energía brotan como lava ardiendo, como un penacho de fuego por donde van. Ella baila en la pistas y escenarios, ella bailando en la calle también va. Un tono trigo o maíz en el abrigo de tejido liviano completa la gama de un rayo luz.

Inigualables posibilidades ofrece el clima húmedo del trópico a los espíritus creativos de cuerpos esculpidos y entrenados para el juego de "vestirnos" que tanto nos gusta. Tipologías del invierno y verano van juntas para dejar asomar la piel. Botas de caña en gamuza arrugada con minivestido blanco strapless y un pellizco en el escote a modo de guiño, para resaltar lo natural. Un cinturón con apariencia de folk o bandolera la hacen una diosa estelar como las de *Flash Gordon*, una historieta de Alex Raymon en el 34 para King Features Syndicate que excitó a los adolescentes con una saga galáctica antes de *Stars Wars* en los 80, con su cuerpos atléticos, eróticas armaduras y capitas para volar —capítulo 60, Golden Queen—. Mi madre recuerda aún los diálogos y efectos de sonido de la versión radial de su niñez. Hay muchas reversiones para cine, tv y videojuegos pero todas replican fielmente el erotismo que identifica a estos héroes del espacio sideral.

Para qué marcas, tatuajes o pircin si ya así es inolvidable, sin marcar. Su gesto es un reto y su postura también con la dureza del ébano y el sabor de la canela a flor de piel. ☺

Pacific Energy

parque **explora** MEDELLÍN

AMERICAN MUSEUM OF NATURAL HISTORY

DARWIN

LA EXHIBICIÓN

“No es el más fuerte el que sobrevive, tampoco es el más inteligente. Es aquel que mejor se adapta al cambio”

En asocio con: Coolture | Patrocinada por: ARGOS

Medellín un hogar para la vida

Días de Club



El árbol fue enviado desde Leticia como regalo al fundador y presidente de Caracol, la cadena de radiodifusión que pretendía comunicar a todo el país a través de afiliaciones con pequeñas emisoras locales. Tal hazaña debía ser recompensada. Su fruto, en ese entonces desconocido en esta tierra de guayabas y mangos, habría de aportar la cuota exótica a la arboleda de una casa recién construida en Prado, a cuya fauna doméstica ya se habían sumado un venado llegado de los Llanos Orientales y un tigrillo proveniente del Viejo Caldas. Ignoraban el domicilio del personaje y la única opción fue enviarlo al Club Unión. Desde allí, sin duda se lo harían llegar. El pequeño árbol, insignificante en la lata cuadrada de maneta de cerdo en que fue enviado, fue relegado a una esquina del jardín que adornaba una de sus entradas. Pasado un tiempo, algún jardinero con iniciativa decidió sembrarlo, abriendo un hueco amplio para permitir el rápido desarrollo de las raíces. Cuando la esposa del dueño fue a reclamarlo, el pero de agua ya contaba con metro y medio de altura y formaba parte del paisaje del Club. Al dar la primera cosecha, de frutos frescos y rosáceos, recibió el más sofisticado nombre de pomarrosa y su dueño original se atribuyó el honor de la siembra.

Corría el año 1952 y el Unión, que ya llevaba casi cuatro décadas en la sede de Junín, entre La Playa y Maracaibo, seguía adaptándose a las necesidades de sus miembros. Las instalaciones deportivas constaban de una cancha de tenis en polvo de ladrillo, unas barras de madera en las que los socios podían practicar algunos ejercicios de gimnasia y estiramiento y, excavada en lo que fuera el solar de la antigua casa que albergaba la sede, una pequeña piscina construida para que el entonces campeón nacional pudiera entrenar para las olimpiadas patrias que se celebrarían en Barranquilla.

Ya en pleno desarrollo, el pero había presenciado las empanadas bailables que se celebraban todos los sábados de tres a seis de la tarde, a las que, además de lo anunciado en su nombre,

se les sumaba coca cola, kolkana, palos de queso y mucha conversa; la entrada a los bailes de gala y disfraces que se festejaban en el Salón Dorado, cuya fastuosidad se advertía desde la magnífica reja que hacía las veces de puerta y luego se ratificaba en las figuras de bailarinas cubanas talladas y enchapadas en laminilla de oro que cubrían las columnas; los algos de señoras que ordenaban tostadas con champiñones, o en su defecto palmitos o espárragos gratinados, y el entrar y salir de señoras encontraban en la bolera construida de cara a su tronco un espacio para divertirse. Para entonces sus frutos habían dejado de ser novedosos, y en plena cosecha el piso se cubría con el manto rosado y el olor dulzón de las peras en distintos estados de descomposición. Solo los niños se maravillaban ante la vista de los gajos brillantes e intentaban por todos los medios —escobas, palos, piedras atadas a cordeles— hacerse a unos cuantos, así fueran magullados. La textura crujiente que al ser apretada contra el paladar liberaba el agua simple y refrescante bien valía la pena.

Las áreas del Club se encontraban claramente delimitadas y muchas solo admitían la presencia masculina. Así ocurría con el salón para fumar, los billares y tres de las cuatro salas de juegos. Las partidas de póker, pero principalmente de parqués, podían extenderse hasta altísimas horas de la noche, y era común apostar carros, caballos y fincas. Famosa es la anécdota de un socio que tras una noche de juerga llegó a informar a su señora que tenía que desocupar la casa porque la había perdido a puerta cerrada; eso sí, los mismos amigos tahúres se encargaron de prestarle una finca mientras se reponía de la desgracia. La cuarta sala era territorio de las esposas de los socios que pasaban tardes enteras jugando canasta con barajas marca KEM, las únicas que traían las cincuenta y cinco cartas requeridas para este juego.

A ciertas horas del día, las sillas del corredor entre el bar principal y el comedor tenían dueño. Faltando diez para las diez de la mañana, los socios que trabajaban en oficinas cercanas se dirigían a tomar tinto como en una pe-

regrinación y las reclamaban como propias. El mismo señor en la misma silla, siempre. Charlaban un rato y a las diez y media en punto todos se encontraban de nuevo frente a sus escritorios. Lo mismo ocurría a las seis de la tarde, pero el ánimo provocado por el whisky o el ron originaba tertulias literarias y apasionadas discusiones económicas, políticas, de negocios, de ganado.

El espacio insignia de la sede era, sin lugar a dudas, el Salón Dorado. Construido en los años cuarenta, la espléndida reja coronada por el escudo del Club y dos dragones rampantes representaba una opulencia pocas veces desplegada por la sociedad antioqueña. Era el sitio obligado de las más fastuosas fiestas y los enlaces de las familias más elegantes, y no había político importante que no hubiese sido atendido en él. Allí se celebraron las nupcias de la primera Señorita Colombia que tuvo Antioquia, y que por dispensa especial del Arzobispo de Medellín se convirtió en el primer matrimonio nocturno de la ciudad. Para el evento se extendió un tapete rojo desde la residencia de la novia hasta la Basílica Metropolitana y la multitud, en su afán por ver a la reina, se paró en las bancas de la iglesia y en los descansos de las columnas, y terminó amenazada con excomunión general por irrespeto al templo. Los recién casados tardaron más de media hora en recorrer las dos cuadras que separaban la Catedral del Club Unión en el Cadiillac de la Gobernación. Flores y velones adornaban el patio central. El entorno del pero fue alumbrado con faroles, y sus frutas resplandecientes servían de antesala a aquellos que ingresaban por el parqueadero. Ya en el salón, la iluminación tenue se multiplicaba en el oro de las columnas y las joyas de las invitadas. La fiesta se prolongó hasta la madrugada, y los seiscientos invitados bailaron y gozaron al son de la orquesta de Lucho Bermúdez y demás artistas que por esos días se presentaban en el radioteatro de La Voz de Antioquia.

La biblioteca, una estancia pequeña con una soberbia mesa rectangular de superficie taponada conformada por treinta y dos hexágonos pequeños con incrustaciones en maderas exóticas, ro-

deada de vitrinas en las que permanecían los libros bajo llave, era el sitio preferido por los señores serios para leer la prensa. A pesar de no tener la colección más nutrida, contaba con ejemplares notables, como una biografía de Santander impresa en papel de arroz. En una de las estanterías, cubiertos por cristal esmerilado, se guardaban los libros prohibidos, a los que únicamente los hombres, previa autorización de la Gerencia, podían acceder. Imagino a *Madame Bovary*, *El amante de Lady Chatterly*, *Lolita* y las obras del Marqués de Sade encerradas y mohosas, a la espera de que algún socio se sometiera a la doble censura que implicaba retirarlas.

El fiambre del Club era muy solicitado. Constaba de una presa de pollo o un trozo de carne de cerdo, según la elección, una papa cocida, un huevo duro y, para el postre, bocadillo con queso. Los sábados muy temprano el trabajo en la cocina consistía en empaclar las cajas blancas de cartón, y a las cinco de la mañana muchas de ellas ya estaban con sus dueños en la Iglesia de San Benito, cerca de la estación Villa del tren que llevaba a Puerto Berrio. Pescadores y cazadores, con toda la indumentaria requerida —cañas, escopetas y perros—, asistían a la misa más singular de Medellín, pues en el momento en que el silbato anunciaba la partida, sin importar en qué parte de la liturgia se estaba, el padre la daba por terminada y todos, incluido él, se montaban a los vagones con la esperanza de regresar con las manos llenas de las sabaletas que generosamente ofrecía el río Porce, o de las guaguas y torcazas apresadas en el monte. Otros fiambres eran reclamados más tarde, y si el pero se encontraba en cosecha algunos agregaban a su contenido unas cuantas de sus frutas, que terminaban aplacando la sed en paseos a quebradas, ríos o fincas. En los pícnicos las cajas complementaban el contenido de las canastas, de las que salían sándwiches de huevo, quesos, uvas y vino, dispuestos sobre un mantel a cuadros al mejor estilo extranjero.

Para algunos ir de caza consistía en todo un ritual. Se reunían temprano los sábados, y vestidos con la indumentaria apropiada —botas, pantalones de dril y

sombreros estilo safari— se montaban en la camioneta Willys comprada para este único propósito rumbo a las laderas de Santa Elena, Caldas o Boquerón. Los perros viajaban en la parte de atrás. Entre los importados, los de raza azul de Gascuña eran los más apetecidos. Su tamaño, que en otras latitudes les permitía rastrear osos y alces, aquí se empleaba para levantar guaguas, liebres y gurrees. Más pequeños, los criollos contaban con la virtud de poder meterse a las madrigueras, y terminaban desafiando con su agilidad las hidalgas narices de sus compañeros galos. Ya de regreso, los cazadores terminaban con sus presas en el Club. En la cocina sabían cómo prepararlas, y ese mismo día daban cuenta de la carne almizclada que tanto trabajo había costado conseguir.

Dos lotes grandes en la parte posterior, con ingreso sobre Palacé, conformaban los parqueaderos del Club. Los carros permanecían de puertas abiertas y llaves en su encendido, lo que podía generar algunas confusiones. Socios pasados de tragos que buscaban sosiego en la parte trasera del carro de un amigo, terminaban montándose a otro igual e iban a dar a casas equivocadas, o, en caso de ser detectados a tiempo, le causaban un tremendo susto al conductor, que en medio del recorrido se desconcertaba al escuchar un borracho roncando a sus espaldas. Otros se sorprendían oyendo música en el auto que habían comprado sin radio, para luego descubrir que estaban en uno casi idéntico. Al regresar para cambiarlo, el propio ya no estaba, y quien se lo había llevado no notaba la ausencia del equipo.

Medellín se transformaba. El rápido proceso de expansión e industrialización estaba eliminando el carácter residencial del centro. La proliferación del espacio comercial, el aumento del tráfico vehicular y la inseguridad en ascenso distanciaban del Club a las familias que habían migrado a barrios más tranquilos. Los pocos socios que aún tenían su oficina cerca iban a almorzar o, cada vez menos, a tomarse unos cuantos tragos, porque la manejada hasta El Poblado o Laureles se hacía peligrosa. Las señoras que ahora “bajaban” al centro a una cita médica o a cualquier vuelta ineludible, lo aprovechaban para entrar al baño, refrescarse o tomarse un tinto. Los parqueaderos se volvieron el servicio más solicitado. El pero de agua dejó de recibir las atenciones de los niños y sus frutos pasaron a ser manjar exclusivo de aves y murciélagos. Ciertas fiestas —primeras comuniones, quince y cualquier otra que requiriese de algún grado de solemnidad—, se seguían celebrando en



sus salones, para molestia de muchos de los invitados, quienes veían como un percance el desplazamiento por la ciudad. La disminución de ingresos precipitó la quiebra y la única opción para salvarlo consistió en vender la valiosa propiedad. Varias propuestas se presentaron, entre ellas adquirir uno de los edificios Carré o Vásquez, o alguna de las casas viejas de El Poblado. Se pensó en Catay o Villa Lucía, pero la división entre los socios que querían la disolución y aquellos que pretendían trasladar la sede dilató la decisión por varios años.

Al momento de la venta algunos de los objetos emblemáticos del Club, por un descuido en la negociación y por la ley que dicta que todo aquello que esté adherido al edificio hace parte del mismo, dejaron de pertenecerle. Así, el pero vio desfilar las puertas del Salón Dorado, las dos arañas de cristal de bohemia cuyos prismas reflejaban y mul-

ta aún se distinguen con claridad. Frente a cada columna, sembrados en macetas de Ráquira, unos pino vela enmarcan la plazoleta. Los arcos de estilo republicano del patio central se han conservado, y en él se exhibe un Chevrolet Aveo, premio mayor del Gran Sorteo Navideño en el que se participa con las boletas entregadas por cada veinte mil pesos en compras. Al fondo, un aviso sobrio anuncia el balón de comidas. Sigue la flecha de bronce y me topo con la escalera que conducía al Salón Dorado. El hierro forjado y la madera torneada de su pasamanos han adquirido el esplendor que solo la pátina del tiempo puede conferir. Los vitrales que rodean el vano que da al patio de comidas refuglan con geométricos destellos rojos, morados y amarillos. La piscina ha sido rellenada y sobre ella hay mesetas repletas de personas comiendo pollo frito. Del balcón desde el cual los jóvenes se lanzaban a la piscina, desafiando la altura, la distancia y la profundidad, cuelgan carteles en tonos neón que anuncian descuentos en ropa y calzado y afiches de una aerolínea que promete destinos paradisíacos. Hay fila en el McDonald's que hoy ocupa el espacio de la barra en la que antaño se servían tamarindos batidos con sándwiches de queso derretido, Bloody Mary a los señores enguayabados y vodka con gotas amargas a los más animados.

El jardín en el cual fue sembrado el pero se ha reducido a su mínima expresión, pero la tierra sigue siendo fértil y despide un aroma húmedo. El árbol también ha cambiado. El tronco grueso, bifurcado, ya no tiene el musgo que se le aferraba cuando la lluvia podía bañarlo más a menudo. Algunas de sus ramas han sido cortadas, sus hojas se encuentran revestidas de polvo, y noto las heridas recientes en cristal que le imprimían la personalidad al Salón Baco, patrimonio que terminó decorando las bibliotecas y salas de los promotores del proyecto. Salieron también los Gómez Campuzano, los Cano, las acuarelas, los óleos de Georges Brasseur y demás obras que conforman la exquisita colección de arte del Club. Hoy se exhiben en la sede construida en el Centro Empresarial San Fernando Plaza, sobre la Avenida El Poblado a la altura de la Milla de Oro. El pero de agua, por el contrario, debió quedarse a ser testigo de los cambios que se avecinaban.

El antiguo edificio, acervo arquitectónico de la ciudad, se transformó en el Centro Comercial El Unión. Observo cómo la fuente permanece intacta: los azulejos no han perdido sus colores y las figuras de inspiración moris-



Hoja fina

por JULIEN YON

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Al final de los años cuarenta, en una tienda del barrio Les Halles en París, espero a que por fin un cliente me elija, alineado con mis compañeros, mostrando nuestras hojas afiladas y nuestros mangos de madera bruta. Les Halles, el gran mercado de la capital, el barrio que solo duerme con un ojo alrededor de los doce pabellones Baltard*, donde cada día llegan frutas, legumbres, especias, carne, harinas, aves de corral, granja, mara... Todo lo que va alimentar a los parisinos pasa por este lugar, al por mayor o al detal. Es *El vientre de París*, se nutre de todo Francia, lo que llega en tren de noche, camiones, carretas, chalanas. Una multitud satura las calles: vendedores, compradores, repartidores, portadores, ambulantes, callejeros, mendigos... Desde mi escaparate les veo desfilar cada día, berreando, arengando, transpirando, cantando, buscando.

Un mañana, una mujer de cuarenta años entra y pide ver los cuchillos de carnicería. En nuestra familia cada uno tiene su especialidad: cortador, limpiador, deshuesador, hacha, sierra, e, indispensable, el que nos mantiene y al mismo tiempo nos mata: el afilador. Fui elegido junto con mi hermano menor y dos limpiadores pequeños; no olvidó a nuestro mejor enemigo. El precio fue negociado y dejamos la tienda empacados en papel periódico. Atravesamos la ciudad hasta la periferia Sur. Era allí donde trabajaríamos, de noche, en el garaje acondicionado como laboratorio de tripería.

La tripería es una rama aparte que en otro tiempo estuvo integrada a la carnicería, pero en París se independizó de forma oficial a finales del siglo XIII. En adelante, el "quinto cuarto" estuvo reservado al tripero, a la salida del matadero.

El quince por ciento de una bestia, sus órganos vitales: vísceras, estómago, hígado, corazón, pulmones, médula, riñones, patas, sesos, testículos, ubre, lengua, hocico, cola y cabeza de res, de oveja, de marrano, de ternero y de cordero, todo eso nos corresponde por derecho. Me considero tripero, como mis ancestros. Nuestro oficio se remonta al origen de la humanidad. Fuimos sílex tallado, después hojas de bronce, de oro, de acero. Empezamos en las manos de maestros de ceremonia como utensilios de sacrificios. Los sacerdotes en traje de gala fueron los primeros en utilizarlos. Cortábamos los cuellos y las panzas. Bañados en sangre, recortábamos la carne todavía caliente y palpitante de donde sacábamos los corazones, hígados y grasas quemadas en ofrenda a los dioses. El humo se elevaba mientras se asaban las piezas, que después eran compartidas entre los notables y luego entre el pueblo. Estos

sacrificios duraban uno, dos, tres días, una semana, de fiestas, cantos, embriaguez, bailes, cortejos. Fue allí donde todo comenzó.

Siento nostalgia de esos tiempos olvidados, misteriosos, pero fundadores y gloriosos. Ahora paso la vida en los bastidores. Los tiempos modernos nos relegaron al patio trasero, escondidos de los ojos de los que alimentamos con nuestro trabajo nocturno y silencioso.

Empiezo el día a las cuatro de la mañana. Primero hay que ocuparse de "los despojos blancos", casi listos desde la víspera: las cuatro partes del estómago y las tripas son limpias, blancas y lisas como marfil, tibias a la salida del baño de cocción, donde se cocinan de cinco a seis horas. Qué delicia cuando mi hoja se desliza por sus suaves arrugas.

Después participo también en la preparación y limpieza de "los despojos rojos": hígados, corazones, riñones, las partes más nobles; estos se venden crudos, y solo se les debe quitar grasa, piel interna y vasos sanguíneos. Una vez lavados, cocidos, desengrasados, sacados los nervios, pelados y servidos en pequeños platos, nos vamos hacia los mercados. Son las seis de la mañana y la gente nos espera para la venta en los escaparates en plena calle.

Mi dueña es conocida en tres mercados donde siempre ha trabajado. Los jueves y los domingos la venta es en el mercado del boulevard Brune Porte de Vanves, el miércoles y el sábado en el boulevard Lefebvre, cerca de la puerta de Versailles, y los martes y viernes en el boulevard Exelmans, cerca de la puerta Molitor: los bulevares que encierran a París.

Me gustan los mercados, el aire libre, la ciudad en las mañanas. La gente se levanta y viene a llenar sus canastos; son los primeros "buenos días", con la cara aún arrugada, el olor del café, de la panadería de la esquina, los gritos de los vendedores, los escaparates que cambian de productos según la estación. Y es en este momento, cuando se escuchan las historias del barrio y del día a día de sus habitantes, en medio de las pequeñas frases, que los vendedores buscan enganchar a los clientes y se cuidan de ofrecerles un regalo por

aquí, una promoción por allá, un consejo, una receta: "El hígado de ternera se asa rápidamente por los dos lados, que quede medio cocido al interior"; "Los sesos de cordero se meten en un caldo hirviendo, apague el fuego y deje enfriar, póngale mantequilla. ¡Es delicioso!"; "¿Sabe?, las patas de cerdo debe apanarlas y luego asarlas... Hmmm, acompañadas de ensalada y vinagreta, ya me dirá... Además, no cuestan casi nada"; "Con las lechecillas de ternera se sirve una salsa Meunière o nada; si no le alcanzan, compre las de cordero: son igual de buenas"; "Y una cabeza de ternera para el señor Jacques, ¿una?, ¿una o dos? Le tengo unas tripas, muy buenas, blancas como la leche. Y con esto, ¿qué más le doy? ¿Un filete de corazón?, ¿un pedazo de hígado de ternera?"; "Ah, mire, el señor Martín, ¿va a llevarse su lengua?, es día de fiesta..."; "Y un par de testículos para la señora Hortensia... Ya me dirá si son tan buenas como las de su marido".

Y así hasta la hora del almuerzo. Luego comenzamos a empacar, y es momento de liquidar lo que sobra y no se puede guardar. Hay uno o dos trueques con las colegas, por un queso, un pan, a veces una botella del vino blanco que a ella le gusta tanto. Y volvemos al taller para hacer inventario de lo que no se vendió, meter la carne en el congelador, hacer algunas preparaciones, las cuentas y hasta el otro día.

Todo esto duró hasta los años setenta. El cansancio nos ganó y cambiamos las tripas por las plantas aromáticas y los productos del jardín del marido de mi dueña. Es mucho más fácil para todo el mundo... Además, yo he ido perdiendo el filo, aunque he seguido trabajando hasta la jubilación. El tiempo pasó y me empacaron. Después de eso he pasado de mano en mano, de una cocina a otra: de la cocina de Giselle pasé a la de su hija, y después a la de su nieta, y luego a la de su bisnieto. Este último me reservaba una aventura: me empacó en una maleta y veinte horas más tarde estaba en el trópico; no me lo habría imaginado. Ahora paso el día cortando chocolate en una panadería. Confieso que estoy bien contento de probar el postre. ☺



* Pabellón [Pavillon]: Edificio redondo o cuadrado que termina en punta
** Glándulas Timo, de ternera o de animal joven.



Un Paso hacia una nueva historia

Calle 50 B No. 39-36 Telefax: 217 83 64
E-mail: exfanfariateatro@gmail.com
www.exfanfariateatro.org
Encuétranos en facebook y twitter

Del 22 de Noviembre al 1 de Diciembre.
Jueves, viernes y sábado. 8:00 p.m.
ESTRENO: LA CASA DE LA LAGARTIJA
Dramaturgia y Dirección: Fernando Zapata
Beca Creación año 2012
Secretaría de Cultura Ciudadana - Alcaldía de Medellín

10 AÑOS
¡Crecer, crear, hacer!

MEDELLÍN EN ESCENA
ASOCIACIÓN DE SALAS DE ARTES ESCÉNICAS

¡Celebra con nosotros!

Programación especial en nuestras salas asociadas.

Fecha: 22 de noviembre de 2012

Más información:
www.medellinenescena.com

lenteja express

Cocina Rápida Vegetariana

Humitas
Boritos
Lasañas
Ceviches
Papas a la francesa

¡Cocina Rápida Vegetariana!

VEN Y disfruta

Mar y Cuba
restaurante bar

COMIDA de MAR
AL SON de LA HABANA

tel: 2396201
calle 53#42-13
2do piso

ChickEnd
Clothing For Men

BLEND SHOP
CRA35#8a-111
SHOWROOM
CALLE 129 #3B-13

www.thechickend.com

ceres
Mercado Orgánico

Ceres, Mercado Orgánico es una alternativa de consumo consciente y solidario con los campesinos agricultores, los animales, el medio ambiente y la salud. Nuestros productos son libres de agrotóxicos y transgénicos

Hortalizas, frutas, conservas y procesados
Granos, Semillas y germinados, panadería artesanal
Hierbas aromáticas, delicias vegetarianas
Línea de hogar y aseo personal

Por tu salud, la de tu familia, y por respeto al medio ambiente:
¡Consumo alimentos sanos y orgánicos!

☎ 266 5360
📍 Carrera 35 # 8a 3. Barrio Provenza
✉ contacto@ceresmercado.com
📱 Ceres, Mercado Orgánico
🌐 www.ceresmercadoorganico.com

Una deliciosa muestra de comida vegetariana y artesanal preparada con ingredientes naturales.

Info: **366 2289**
Nueva Villa de Aburrá
Cll 32B 81-41

Vegarden
El Jardín Vegetariano

NUEVA TU GATO ARENA AGLOMERANTE

Arena Sanitaria para Gatos Domésticos. **100% Natural**

Distribuidor autorizado:
D y CH Tel: 2659679
bast@une.net.co

ZONA DE PROMOCIONES

En los 790 a.m. de...
Publicidad y Mercadeo
219 392 44 78 - 321 716 37 21

El Eslabón Prendido

Atendido por su propietario
Mercedito Ariza de Cisneros

La pasión de contar

Algunos cuentos de Colombia 1916-2000

Juan José Hoyos

De venta en la sede de **Manos Nuevas Ediciones**

Tel. 2 84 42 02
Carrera 50D No 61-63 • Medellín
hombrenuevo@une.net.co

Berlin Bar
Medellín - Colombia

Almuerzos Gourmet **\$9.000** Domicilios **266 29 05**

Calle 10 # 41-55

XIII FESTIVAL DE CINE DE SANTA FE DE ANTIOQUIA

EL CINE DE ESTADOS UNIDOS EN LOS 70 / LA DÉCADA PRODIGIOSA
DICIEMBRE 5 AL 9 DE 2012

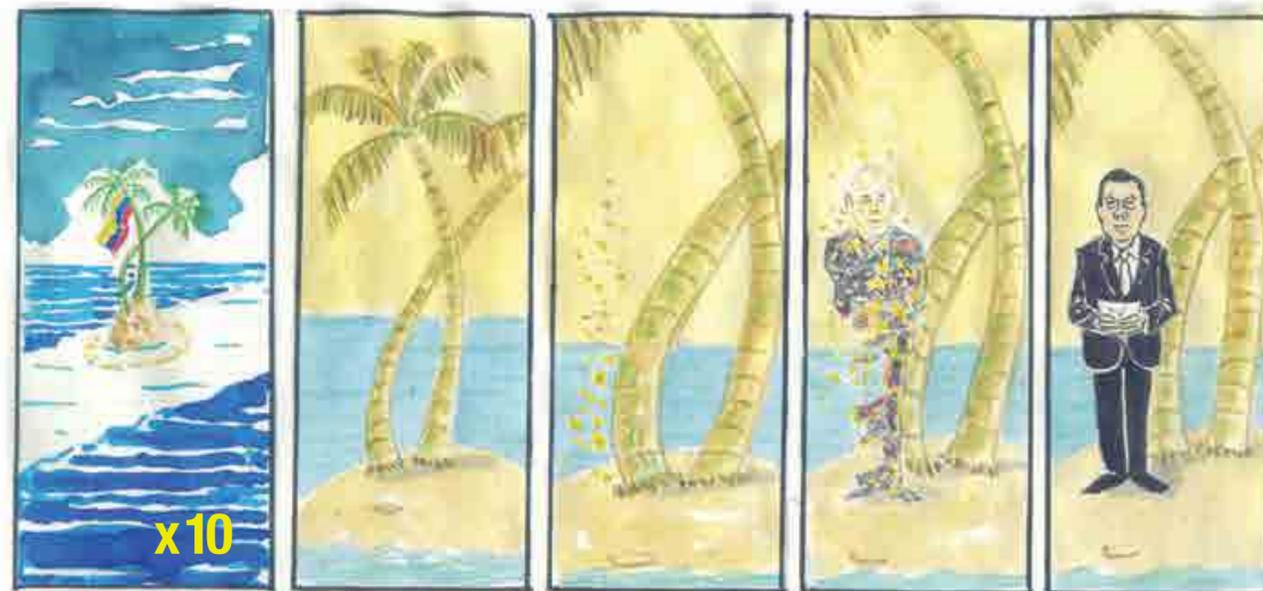
CAJA DE PANDORA
LO MEJOR DEL AUDIOVISUAL COLOMBIANO

MUESTRA CENTRAL

TALLER DE TALENTOS CINEMATOGRAFICOS

www.festivalantioquia.com

paisaje UNIVERSO CENTRO



x10

DR. HYDE Y MR. HYDE

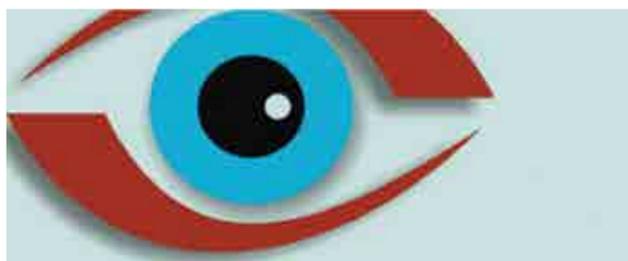


Ilustración por Daniel Gómez Henao

Calle 27 Sur N° 43A - 61
Teléfono: 448 24 04
www.otraparte.org

Horario de atención:
3:00 p.m. - 11:00 p.m.

LA LIBRERÍA DE
OTRAPARTE



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

UN APÓSTOL CERVECERO
SABE QUÉ REGALO LLEGA AL CORAZÓN

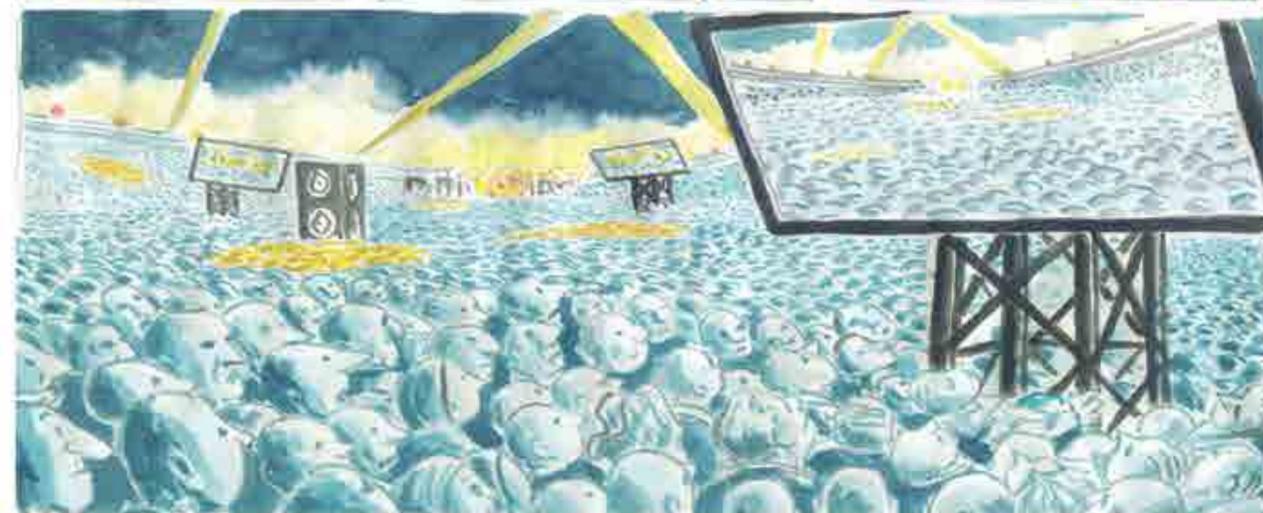
Los 3 pack de Apóstol +

TIPO MARZEN TIPO BOCK TIPO DUBBEL

ENCUÉNTRALOS EN SUPERMERCADOS.

www.apostol.com.co

DISFRUTE CON MODERACIÓN. PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD, LEY 124 DE 1994. EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD, LEY 30 DE 1986.



La Boa
cantina
constrictor

“Quiero música, maestro, se lo pido por favor, que esta noche estoy de Tangos... Quiero hacerle un expediente al corazón, que tenga compás y canto...”
(Homero Expósito)

Calle 53 No 43-59 Maracaibo • Tel. 239-3580

"Muchas son las cualidades del aguardiente: es compañero de gustos y reveses de nuestro pueblo; el labrador que antes era tímido y temblaba de enfrentarse a una hembra remisa, con dos o tres copitas de tan exquisita toma, se vuelve insinuante y arriesgado y se siente entonadito para hablar con desparpajo a la mujer más retrechera."

Bernardo Arias Trujillo, Risaralda (1935)



**Aguardiente
Antioqueño**

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986
PROHIBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994